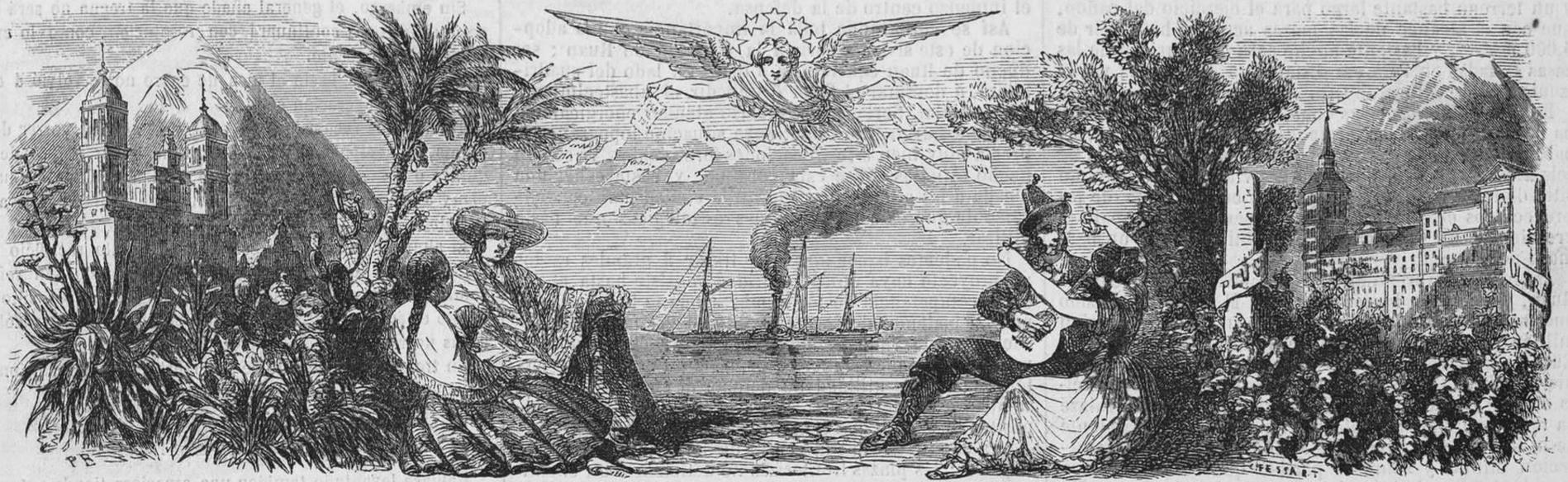


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 988.

Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Los establecimientos militares de Ruan; grabados. — **Revista de París.** — **Un viaje de vieja, por Manuel Concha.** — **El país de los mormones; grabados.** — **Revista española.** — **Resumen de las tareas y actos de la Academia española en el año académico de 1870 á 1871.** — **Bernabé Rudge.** — **Las elecciones; grabados.** — **La Francia pintoresca; grabado.** — **¿Qué hará de ello?** — **Bellas Artes: Los envíos de Roma; grabados.**

Los establecimientos militares

DE RUAN.

El viaje que M. Thiers acaba de hacer á Ruan ha confirmado definitivamente la decision tomada sobre la creacion de establecimientos militares; y por lo tanto parécenos oportuno publicar los datos que hemos recogido por buen conducto.

La pérdida de Estrasburgo y de Metz, donde permanecian ordinariamente cinco regimientos de artillería, ha obligado al ministro de la Guerra á preparar otro sistema de guarniciones y depósitos del arma; las dificultades de la obra son tanto mas numerosas hoy, cuanto que las desgracias de la última guerra han demostrado imperiosamente la necesidad en que está la Francia de aumentar notablemente el efectivo de la artillería. Con efecto, la creacion de una guarnicion de artillería no consiste solo en la construccion de algunos cuarte-



Viaje del presidente de la Republica á Ruan — M. Thiers dirigiéndose al sitio de los establecimientos militares.

les, sino que exige un conjunto de condiciones especiales, difíciles de reunir. Ante todo es preciso que la ciudad y el departamento en que se coloque tengan los medios y la voluntad de contribuir á los considerables gastos de primer establecimiento, y luego es indispensable disponer de un vasto espacio, pues una vez construidos los cuarteles, las caballerizas y demás dependencias de una escuela de artillería, aun debe quedar puesto para un campo de maniobras de cierta extensión y un terreno bastante largo para el ejercicio del cañón, que con el alcance de las piezas actuales ha de ser de 5,000 metros, y bastante ancho para la seguridad de las casas situadas en toda esa distancia á la derecha y á la izquierda de la línea de tiro.

Ruan reúne todas estas condiciones. Con efecto, cerca de la capital de la Normandía, al extremo del arrabal San Severo, se extienden en un espacio de cerca de seis kilómetros los bosques de Rouvray, que forman un sitio de los mas favorables para la construcción de los proyectados cuarteles con sus dependencias y para la creación de un vasto campo de maniobras con un hermoso polígono.

Así lo ha comprendido el general Valazé, que conoce Ruan, y que, por la confianza de M. Thiers, ha sido puesto de nuevo á la cabeza de esa importante división militar (departamento del Sena Inferior, del Orne, del Eure y del Calvados). Subsecretario de Estado en el ministerio de la Guerra durante las operaciones del ejército de Versalles contra la Commune, el general Valazé ha tenido ocasión de hablar á menudo con el presidente de la República y exponerle sus ideas sobre la organización militar y sobre el partido que se podía sacar para la defensa de la posición particular de Ruan. No es de extrañar, pues, que en posición de su nuevo mando haya podido decidir á M. Thiers á que se ejecuten los proyectos que le habia sometido. Hace mes y medio se anunció la decisión tomada por el gobierno sobre este punto; mediante el concurso de la ciudad y del departamento, M. Thiers prometía establecer en Ruan dos regimientos de artillería con un material inmenso, y añadía que á fines de noviembre iría á colocar la primera piedra de las construcciones.

El Consejo municipal y el Consejo general comprendieron todas las ventajas que prometía á la ciudad y al departamento el plan en cuestión, y votaron las subvenciones de 200,000 y 400,000 francos que les pedían. Se levantaron planos, y en su vista hemos trazado nosotros el panorama de los establecimientos que se van á instalar en el bosque de Rouvray.

Ya hemos dicho que este bosque se extiende mas allá del arrabal San Severo, en una dirección perpendicular al cauce del Sena; con una longitud de 5,500 metros basta para la creación del polígono que se necesita para los ejercicios del tiro de cañón. En todo ese trayecto no encuentra el campo de tiro ningun obstáculo; el camino de los blancos á las baterías existe ya, y se llama camino de la Fosse á la Malle. En cuanto á la diferencia de nivel entre los dos puntos, es insignificante relativamente á la distancia, y apenas llega á unos cincuenta metros. El tiro se hará de abajo á arriba. Además, el polígono tendrá á los lados los bordes profundos del bosque, lo que es una seguridad para los habitantes.

Otra ventaja es que el terreno pertenece al Estado, de modo que no habrá que comprar nada á nadie.

Nuestro dibujo presenta en primer término los cuarteles, las caballerizas y demás construcciones necesarias para el material, el alojamiento de los oficiales, y los anfiteatros para los cursos de los sargentos y soldados. La mayor parte de esas construcciones serán baracas, que es el sistema que tiende á prevalecer para la instalación del soldado. Un poco mas allá se extiende el campo de maniobras, que comprenderá un cuadrilátero regular de 4,500 metros de largo con 42,000 de ancho; dos regimientos enteros podrán maniobrar á sus anchas. El terreno arenoso facilitará la salida de las aguas de lluvia; además, está bien demarcado por los cuatro caminos ya existentes.

A la izquierda, se distingue el Sena, que llega á Ruan y que vuelve á aparecer á la derecha despues de haber atravesado la ciudad: los nuevos establecimientos se hallarán, pues, situados en el recodo del rio, situación que permitirá hacer un formidable campo fortificado; y si se quiere instalar arsenales, fundiciones y fábricas de municiones, hay una vía de comunicacion de una importancia capital.

Tal es, en resumen, el conjunto de los establecimientos cuya construcción en Ruan está decidida, y cuyo sitio acaba de visitar M. Thiers: nuestro artículo quedaria incompleto si no dijéramos algunas palabras de los proyectos que están en estudio.

Acabamos de hablar de fundiciones, de manufacturas de armas y de municiones, y es evidente que Ruan ofrece para esto preciosas ventajas: es una ciudad manufacturera, un gran centro industrial donde no habria que crearlo todo; además, el Sena y los ferro-carriles del Oeste ponen á la ciudad en doble comunicacion con Paris y el mar; comunica con todo el centro por el Oeste, y consecuentemente con el Mediodía por las líneas de Serquigny y de Orleans; finalmente, por la de Amiens llega al Norte de la Francia, de modo que los arsenales que allí se crearan estarían enlazados con todos los puntos del territorio.

El proyecto de hacer de Ruan uno de los grandes arsenales del país, se halla además ligado al sistema general de defensa de la Francia, y su realización depende sobre todo del plan que se adopte en este punto. Es evidente que la pérdida de Estrasburgo y de Metz, las dos grandes plazas del Este, dejan al país muy al des-

cubierto por este punto, y que es indispensable atender ya á las eventualidades de una nueva guerra. Muchos generales preconizan un plan que consistiría en concentrar todas las fuerzas vivas de la nación en un vasto cuadrilátero cuyos cuatro lados se extendería: 1º, de Paris á las bocas del Loira; 2º, de las bocas del Loira á Brest; 3º, de Brest al Havre, y 4º del Havre á Paris. Así habria el apoyo de dos grandes rios y Paris, cuya toma trae consigo la caída de la Francia, continuaria siendo el inmenso centro de la defensa.

Así se comprende toda la importancia que la adopción de este sistema daría á la posesión de Ruan: ser dueño de Ruan equivaldria á tener un lado del cuadrilátero, á dominar el Sena é impedir el abastecimiento de la capital. Seria, pues, preciso atender enérgicamente á la seguridad de Ruan, cuya situación topográfica se presta muy bien á fortificaciones formidables. Ya se han hecho estudios sobre esta cuestión, y basta echar una ojeada á las alturas que rodean la ciudad para convenirse de que existen posiciones estratégicas que basta utilizar.

No podemos hacer mas que trazar á grandes rasgos un proyecto cuya única autoridad consiste hasta el día en la competencia de los hombres que le han emitido; pero sí podemos decir que el antiguo sistema de fortificaciones á la Vauban, admirable en su época, no vale ya nada: las plazas fuertes de las fronteras tenían entonces la doble utilidad de detener al enemigo, que no se atrevía á dejarlas detrás, y de suministrar vastos depósitos al pueblo que tomaba la ofensiva.

Las condiciones de la guerra moderna lo han cambiado todo: las plazas fronterizas no detienen á un enemigo victorioso, y cuando este logra apoderarse de ellas, recoge un inmenso material, al mismo tiempo que el pueblo invadido se halla privado de los recursos con que contaba.

Tampoco para el ejército invasor tienen las mismas ventajas que en la época en que los trasportes eran largos y dificultosos, pues con los ferro-carriles poco importa la distancia del lugar de donde se opera el abastecimiento.

Sea como quiera, parece probable que las plazas fronterizas no serán ya en el porvenir mas que unos puestos avanzados y que cesarán de servir de arsenales. Bajo este concepto, seria lógico hacer en Ruan un gran centro militar análogo al de Bourges: la situación de Ruan sobre un gran rio que pone á la ciudad en comunicacion con el mar y con la capital, su importancia industrial y las numerosas vías férreas que allí conducen, todo se reúne para recomendar la adopción de ese proyecto.

Ahora bien, como Ruan está mas cerca de la frontera que las ciudades del centro, seria indispensable fortificarle; ya hemos dicho que su situación topográfica se presta á ello admirablemente: la elección seria excelente en sí, y no lo seria menos bajo el punto de vista de la defensa general de la Francia. J. C.

Revista de Paris.

El sábado último 2 de diciembre era un aniversario que no olvidará Paris en largo tiempo. Cumplíase un año de la batalla de Champigny, aquel gran esfuerzo de los parisienses sitiados, que debia tener desgraciadamente un triste desenlace. Testigos de todos aquellos sucesos memorables, no podemos recordár sin profunda emoción los hechos de armas que tuvieron efecto del 30 de noviembre al 3 de diciembre, aquellos cien combates á cual mas reñidos, la ansiedad de Paris á medida que se recibían los partes, las esperanzas fundadas en los primeros triunfos, la inconsolable tristeza con que se supo por fin la noticia final, la retirada.

El principio fué brillante. La jornada del 30 de noviembre fué un gran triunfo y con razon pudo decir el gobierno, que si era igual la del día siguiente se podían salvar Paris y la Francia.

El ejército improvisado en Paris en menos de dos meses atacó con denuedo las posiciones de un enemigo amparado por fuertes posiciones que conquistó, mediante una lucha de doce horas y ganando el terreno palmo á palmo.

El 1º de diciembre se pasó en una calma que no se esperaba, los franceses en sus posiciones arrebatadas al enemigo, y este esperando un ataque formidable que empezó al amanecer del día siguiente. Cien mil hombres de tropas agueridas acometen al joven ejército, y por segunda vez son rechazados.

¡Con qué júbilo se oyen estas noticias que da el gobernador de Paris á su vuelta del campo de batalla!

Luego se ven entrar convoyes de prisioneros y se cuentan las pérdidas del enemigo.

Se calcula en mas de 15,000 hombres el número de los alemanes que quedaron fuera de combate en los diferentes encuentros de las orillas del Marne.

Los heridos franceses no son muy numerosos en estos encuentros; pero de todos modos se preparan camas en las ambulancias, y muchas iglesias se trasforman en hospitales.

Mas hé aquí el 3 de diciembre.

Comienza á saberse que los generales se retiran; por fin llega el parte.

El general Ducrot dice á las tropas del 2º ejército ya en Vincennes, que ha vuelto á pasar el Marne porque estaba convencido de que serian estériles todas las tentativas que se hicieran en una dirección en la que el enemigo habia tenido tiempo para concentrar todas sus fuerzas y preparar todos sus medios de acción. Con tal empeño habria sacrificado inútilmente miles de vidas, exponiendo la causa de la defensa á un irreparable desastre.

Sin embargo, el general añade que la tregua no será larga, que la lucha continuará con resolución, como lo exige la situación presente.

Sabido es que hasta el mes de enero no se volvió á emprender otra operación seria.

Todos estos recuerdos que evocamos aquí al correr de la pluma, se agolpaban el sábado último en la mente de las quince ó veinte mil personas que habian acudido á Champigny á presenciar la ceremonia fúnebre conmemorativa de la batalla.

El altar en donde debia celebrarse el santo sacrificio por las almas de los valientes que sucumbieron en tan reñido combate, se levantaba al aire libre en el mismo sitio en donde están las tumbas, protegido por un dosel con colgaduras negras.

En tres escudos de luto se leían estas tres inscripciones

¡AL EJÉRCITO!

¡Á LA GUARDIA MÓVIL!

¡Á LA GUARDIA NACIONAL DEL SENÁ!

Habiase levantado tambien una espaciosa tienda entre los túmulos, adornada con trofeos de banderas y emblemas de luto, en la que hallaron cabida unas mil personas.

De trecho en trecho habia inscripciones con los nombres de los regimientos de todas armas que dejaron muertos en el campo de batalla.

Las tropas de línea, los coraceros y los guardias municipales hacían el servicio en esta triste ceremonia.

Entre la concurrencia habia un crecido número de generales, todos de uniforme, oficiales de las diferentes armas y diputaciones de los regimientos que tomaron parte en los combates del 30 de noviembre y del 2 de diciembre de 1870, distinguiéndose entre los generales, los señores Ducrot, Ladmirault, Vinoy, Faron, Paturel, Bocher, etc. Por último, la Asamblea nacional estaba representada por una diputación de la comisión de permanencia y algunos diputados.

Despues del Evangelio, el nuevo arzobispo de Paris, Monseñor Guibert, leyó con voz grave y conmovida un discurso que produjo gran sensación en los presentes.

Monseñor Guibert comenzó recordando á Judas Macabeo que despues de haber combatido en defensa de su nación, mandó dar sepultura á los cuerpos de los que habian sucumbido en aquellas heroicas luchas, y quiso que ofreciesen por ellos sacrificios, porque no hay pensamiento mas santo y saludable que el de orar por los muertos.

« Aquel ilustre héroe, añadió el arzobispo, ha hallado entre nosotros émulo de su valor; y á su ejemplo venimos á ofrecer el sacrificio cristiano por los guerreros que sucumbieron defendiendo la patria en el mismo lugar en que estamos reunidos. Su memoria será honrada siempre en nuestra nación, y la historia celebrará sus generosos esfuerzos y su muerte gloriosa. Que al hollar el campo de batalla regado por la sangre de aquellos valientes, todo francés salute con un testimonio de honor y gratitud sus sagradas cenizas. Este monumento fúnebre hablará con elocuencia á las generaciones futuras, para inspirarles el amor á la Francia y el valor de defenderla contra sus enemigos. »

Seguidamente habla el discurso de la otra inmortalidad, que no es la de la historia, de la gloria mas verdadera y sólida que la que distribuyen los hombres. Esta es la que se debe obtener para ellos mediante la oración, la que pedia Judas Macabeo cuando aconsejaba plegarias públicas por los valientes de Israel que habian regado con su sangre el campo de batalla.

En todos los pueblos, aun entre los bárbaros, se encuentra esta piadosa costumbre.

« Al través de la oscuridad y la confusión de los tiempos, por do quiera y siempre, se manifiesta con invariable unanimidad el respeto de las tumbas y el culto de los muertos. En el naufragio de las verdades reveladas al hombre desde su origen, se ve sobrenadar la idea de las relaciones que existen entre el mundo visible y el mundo invisible, idea ligada estrechamente con la creencia de Dios y la de la inmortalidad del alma. ¡ Ay del pueblo que repudiara tan santas y consoladoras verdades! pues se separaría no solo de la civilización, sino de la humanidad entera, marcharía á paso rápido hácia su decadencia, hácia su fin.

« El cristianismo ha prestado al mundo el inmenso servicio de perfeccionar y fortificar esas creencias primordiales; así como tambien ha suavizado todo lo que tenia de cruel el patriotismo antiguo, haciendo de este noble sentimiento una especie de religión. Diganlo si no aquellos siglos caballerescos tan llenos de fe y de heroísmo cuando el deber y el honor inspiraban el mas absoluto desprecio de la vida; y diganlo tambien ejemplos recientes, pues tampoco en nuestros días, la cruz ha sido nunca la señal de la fuga delante del enemigo. »

El arzobispo concluye señalando el hecho de tener que

inaugurar su nuevo apostolado, depositando los sufragios de la Iglesia, en esas tumbas gloriosas para la Francia.

El general Ducrot habló también en esta ceremonia; pero el texto de su discurso nos es desconocido, pues solo se ha publicado un análisis.

Grande fué el interés con que se escuchó á uno de los principales jefes de las batallas del 30 de noviembre y 2 de diciembre.

El general clamó contra las multitudes injustas y ciegas que olvidan los servicios prestados á la patria el día en que esos esfuerzos no son coronados con brillantes triunfos.

Y recordando entonces los hechos de armas ejecutados en aquellos memorables días, declaró que todo el mundo cumplió con su deber, por mas que hoy haya hombres que persistan en negarlo.

Reñrió que en la noche de la batalla, cuando recibía las pomposas felicitaciones de los miembros del gobierno de la defensa nacional, uno de ellos le dijo que era el ídolo de los parisienses, á lo cual contestó:

— Ídolo con piés de barro; pues lo cierto es que se prometen á la poblacion cosas imposibles, y en vez de alimentar esas ilusiones diciendo que voy á hacer yo lo que no puedo hacer humanamente, obrarais con mas cordura declarando la verdad pura y simple.

Sobre esto recuerda su conversacion con M. Thiers, cuando se trataba del armisticio despues de la capitulacion de Metz, conversacion que se reduce á esto:

— Nosotros salvaremos la honra, tratad vosotros de salvar al país.

El general Ducrot piensa que despues de las batallas del 2 delante de Paris y delante de Orleans, la Alemania que contaba grandes pérdidas, habria hecho una paz con mejores condiciones para la Francia; pero el gobierno de Paris no aprovechó la ocasion para reanudar las negociaciones y la Alemania hizo un postrer esfuerzo, vinieron 300,000 hombres mas, se emprendió el bombardeo y sucedió lo que es sabido.

Sin embargo, de todas maneras la honra militar de Paris se habia salvado.

¿Por qué, se pregunta el general Ducrot, nos abandonaron tan bruscamente las simpatías de las naciones?

Respondan las orgías de la Commune.

Y el general, presintiendo nuevas luchas, concluye haciendo un llamamiento á la union y á la firmeza.

Ese fatal presentimiento se halla en la mente de todos.

La Asamblea nacional ha reanudado sus sesiones el 4 de diciembre en Versalles, y á la hora en que escribimos aun no sabemos el contenido del Mensaje preparado por el presidente de la República.

Las dos primeras sesiones se han pasado con el nombramiento de las comisiones de la mesa; hoy miércoles no hay sesion, y aun no es seguro que el Mensaje sea leído en la de mañana juéves. ¿Por qué estas dilaciones?

Las conjeturas de los noticieros son variadas hasta lo infinito; pero el rumor á que se da mas crédito supone que M. Thiers ha querido consultar oficiosamente la opinion de los diputados que acaban de llegar de los departamentos, donde han podido observar el movimiento y estado de la opinion; y que en vista de sus explicaciones sobre este importante punto, ha debido variar y enmendar muchos de los párrafos del Mensaje.

Lo que se asegura unánimemente, es que las disposiciones de los diputados de la mayoría no han cambiado relativamente á la cuestion del regreso á Paris; antes al contrario, se afirma que se hallan mas excitados que nunca contra la ciudad, que acaba de completar su Consejo municipal nombrando á cinco radicales.

Paris seguirá condenado al ostracismo, porque no quiere enmendarse.

Las vacaciones no han calmado los ódios, ni producido ese espíritu de concordia que invocan en el día todos los que conocen la situacion, para poder dominarla.

Cada grupo aparece de nuevo en la arena parlamentaria con sus aspiraciones particulares.

¿Es de extrañar, pues, que estén intranquilos los ánimos, que muchos tengan, como el general Ducrot, presentimientos azarosos?

Sin embargo, todo eso no se funda aun mas que en indicios, en vagas suposiciones: esperemos primeramente el Mensaje, que será, ante todo, una exposicion extensa y sincera de la situacion actual, y despues las primeras sesiones parlamentarias, antes de fijarnos. Si por un lado vemos impacientes que piden soluciones políticas precipitadas, por otro observamos también un gran deseo de no provocar esas luchas que pueden producir los conflictos mas deplorables. Confiamos en que la voz del patriotismo sabrá acallar el grito de las pasiones.

Llegamos al fin de esta revista, sin espacio suficiente para hablar, como se merece, de una nueva produccion teatral de Alejandro Dumas, que acaba de representarse en el Gimnasio. Es una obra interesante, que, como todas las del autor, suscita fuertes críticas y grandes aplausos. En la semana próxima diremos nuestra opinion sobre este drama, titulado *la Princesa Jorge*, cuya representacion habiamos anunciado.

MARIANO URRABIETA.

Un viaje de vieja.

PERÚ, DEPARTAMENTO DE JUNIN.

APUNTES DE CARTERA

POR MANUEL CONCHA.

(Continuacion.)

Esto último es exagerado: el agua es escasa algunas veces para las siembras, pero para beber jamás falta, pues la proporciona una fuente llamada la Samaritana, que la produce en abundancia para la poblacion y de la que se alimenta la pila de la plaza.

Desde las primeras horas de la mañana se ve el centro de la plaza cubierto por largas filas ó hileras de cholos sentadas en el suelo (nunca vimos un hombre) vendiendo sus mercaderías, que colocan delante de sí con mas ó menos arte; pero siempre se nota una miseria suma.

Cada una de estas vendedoras tiene para hacerse sombra un original quitasol compuesto de un aro de mimbre, cubierto con un lienzo blanco y sujeto por un trípode de madera de dos metros de alto.

El gran número de estas sombras *sui generis*, que siguen el curso del sol cual otros tantos girasoles; las largas y apretadas filas de vendedoras; la multitud que bulle en busca de los artículos que há menester, todo esto forma el golpe de vista mas original y heterogéneo.

Es de notarse que ninguna vendedora pregonaba sus mercaderías; al contrario, mira con el mayor desprecio ó indiferencia al comprador, á quien procuran engañar con argucias y artificios de que no se valdria un niño.

Por curiosidad, y como recuerdo de nuestro viaje, vamos á enumerar los efectos de venta mas notables del mercado de Jauja.

En primer lugar, se vende carne de vaca, cerdo y cordero; pero tan flaca, que desterraria el apetito del mas hambriento. Esto se explica: los cholos matan un animal cuando no tienen alimento que darle, y para esto esperan la última hora. Siguen despues las vendedoras de frutas, las de huevos, los que sirven también de moneda; las de cuyes, cebollas, coles, achota, quina, ajies, chancaca, ocas, papas, yucas, quesos frescos, quesillos, jabon, fréjoles, avejas, maiz tostado, harina de cebada, de maiz, etc., que llaman *machica*; una especie de oca denominada *mazua*, nisperos; una especie de tierra particular que reemplaza al jabon, llamada *mito*; una semilla indígena que venden cocida y que es un manjar para el cholo, llamada *tara*; chuño en papas, que entra como principal componente en varios guisos del país, y muchas otras especies que seria largo enumerar.

Además se sitúan alrededor de la plaza, sobre las aceras, gran número de vendedores de géneros y quinca; pero cuando la plaza presenta un aspecto animadísimo es en los domingos.

Los habitantes de los lugarejos del valle concurren á ella, unos á vender y otros á hacer sus acopios para la semana, siendo estos, como se dejará conocer, los mas. La plaza, es estrecha para la concurrencia, y si á esto se agrega alguna procesion, que pocas veces falta en los días festivos, compuesta de un santo pintado en lienzo, cuatro alumbrantes, dos que gruñen mas bien que cantan, los numerosos cohetes (voladores), á que tan afectos son los cholos, los repiques de campana con badajo y piedra, etc., se tendrá un pálido reflejo de lo que es la plaza de Jauja en día festivo.

A un cuarto de legua de la ciudad existe una laguna que lleva su nombre; sus alrededores están cubiertos de una espesa vegetacion acuática, y á pesar de su corta extension, pues tiene solo cuarenta cuerdas de largo por doce de ancho, su profundidad es grande. Con frecuencia se ven en esta laguna verdaderas tempestades y grandes olas á sus orillas cuando los vientos agitan su superficie.

Está poblada de muchas aves que se multiplican tranquilamente, porque muy rara es la ocasion que algun cazador va á perturbarlas en sus nidos. Hay patos de varios especies, y sobre todo guáchuas, ave semejante al ganso, aunque mas pequeña; se domestica fácilmente y se cria en corrales, en donde pone huevos excelentes; y otras aves de sabrosas carnes, además de los bagoes y peje-reyes que encierran sus aguas.

El buche ó estómago de la guáchua es el mas poderoso disolvente que se conoce, en opinion de los peruanos, y se fundan en experiencia práctica. Aplicado el buche al escroto, desaparece al poquísimo tiempo, convirtiéndose al hombre en el ser mas despreciable.

Acerca de la temperatura de Jauja, oigamos á Paz Soldan. Dice así textualmente:

«Es clara y limpia su atmósfera, y su clima pasa en el Perú por el mas aparente para convalecer y curar las dolencias del pecho. En efecto, á causa de su elevacion, como tres mil metros mas ó menos sobre el nivel del mar, el aire es muy raro; además es un valle abierto y por consiguiente donde sopla un viento fresco y muy puro; todo eso contribuye á que la tisis y otras enfermedades del pecho, cuando la enfermedad no está muy avanzada, restablezcan muy bien su constitucion. La disenteria no es conocida. Es, en fin, uno de los países

mas sanos; así es que no solo puede llamarse la despensa, sino la botica de Lima, el mejor medicamento para ciertas enfermedades. Aunque es bastante frio, eso mas bien favorece la curacion, porque de ese modo obra además de un modo tónico.»

VI.

DE JAUJA Á LA MONTAÑA.

SEPTIEMBRE 26.

Abandonando á Jauja y avanzando hácia el Oriente, es preciso hacer por el valle una legua mas ó menos de camino por una carretera formada por posesiones rurales, la mayor parte cultivadas con esmero, hasta llegar al pueblecito denominado Yauli, situado en una pequeña ensenada dividida por un alto y escabroso promontorio de granito, en dos quebradas muy estrechas, por las que se deslizan dos pequeños arroyos que en la estacion de las aguas se tornan caudalosos, y que, formando una delta frente á la aldea, se unen para atravesar en seguida el valle de Jauja hasta conducir sus aguas á uno de los tributarios del espléndido y majestuoso Amazonas.

El flanco del promontorio, ó si se quiere, verdadero cabo avanzado de las cadenas cisandinas, está ceñido por esos pequeños torrentes. En este lugar principiamos una ascension penosa por un camino de reptiles, formado por naturales y desiguales escalones de granito, en los que las mulas, con sus herrados cascos, han formado profundos rastros ó patillas.

Prolongándose el camino en zig-zag por la cima de la cuchilla, y elevándose á medida que se avanza, se divisa á vista de pájaro el fondo de las laterales quebradas desde una elevacion perpendicular de cerca de quinientos metros en muchos puntos.

Despues de algunas horas de detestable camino, notamos un silencio sepulcral, una tristeza indecible; nuestra vista solo descubria calcinadas rocas, moles volcánicas de caprichosas formas, aridez y desolacion por todas partes.

El sol, mientras tanto, precipitaba sobre nosotros sus ardientes y perpendiculares rayos que, á causa de la ausencia total de brisa, nos parecian mas abrasadores aun.

Todo ser viviente ha huido de esta calcinada region; no se ven aves, reptiles ni insectos; y como para formar un contraste, muchas veces desgarrador, oíamos de vez en cuando el lúgubre eco de un cuerno que algun pastor de cinco ó seis animales modulaba oculto entre los áridos y salvajes pliegues de los montes.

Tal es la bondad del camino que, para hacer una legua, empleábamos dos horas, contando con mulas experimentadas que bajaban y subian escaleras con tramos distantes unos de otros de dos y tres piés, camino que nos horripilaba, no solo por su aspereza y escabrosidad, sino porque un mal paso del animal nos ocasionaria la muerte, pues constantemente marchábamos suspendidos sobre un precipicio que nos causaba vértigo.

Para que no se nos tache de exagerados, vamos á copiar un párrafo de un viajero europeo, en el que describe los caminos de los Andes en el lugar de que hablamos. Dice así:

«Los senderos están llenos de hoyos como de unos dos ó tres piés de profundidad que sirven de escalones, pues sin su auxilio la mayor parte de estos precipicios serian intransitables; y así es que se corre mucho peligro en los que no los tienen, por ser el terreno sumamente escarpado y resbaladizo. Es por cierto digna de admiracion la destreza de las mulas en estas circunstancias, que sin ellas no se podria transitar en estos lugares, en los cuales la vida del jinete pende de la destreza habitual del bruto.»

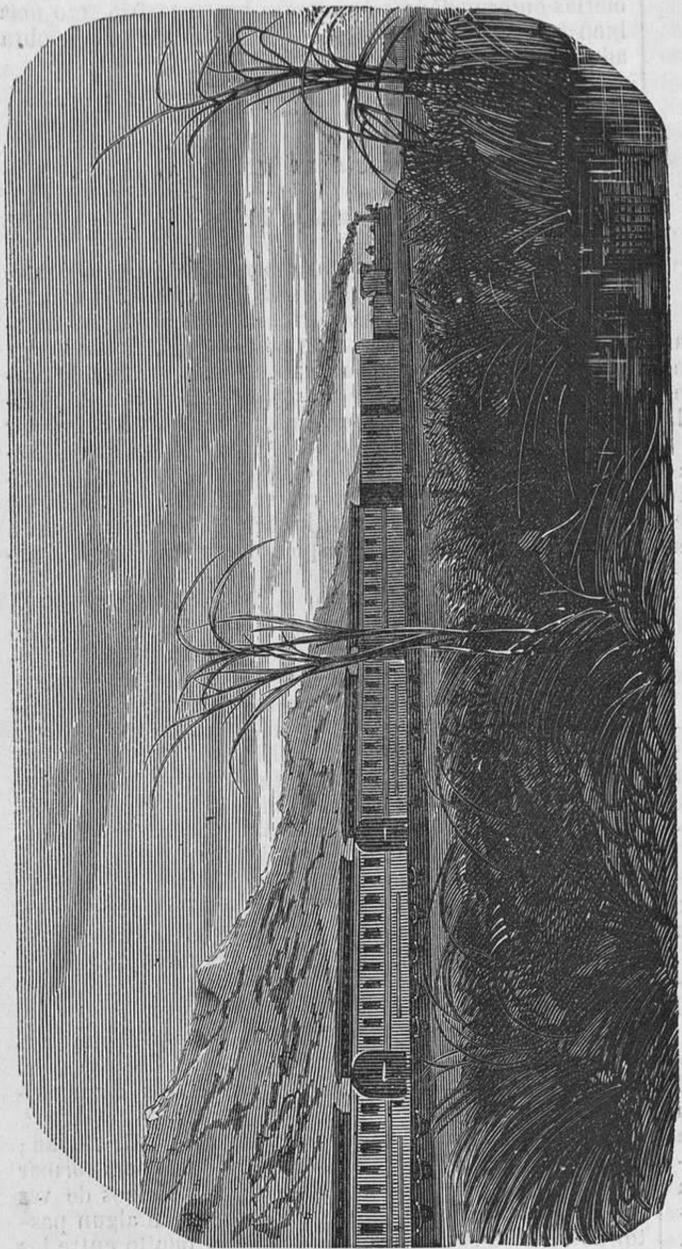
Despues que hubimos ascendido hasta una considerable altura, principiamos á descender por mejores caminos, desde el punto denominado Azapite, hasta Rieran, pueblo de cholos, situado en un estrecho valle y formado de miserables habitaciones á alguna distancia unas de otras, por cuyo motivo se extiende hasta cerca de una legua, contando el número de habitantes que no bajará de dos mil.

El camino hasta este lugar se hace por laderas encumbradas y por un valle que, en su mayor anchura, no contará mil quinientos metros, cubierto de pasto raquítico ó de puna, pero fuerte y nutritivo, que es el que se encuentra en estas elevadas regiones.

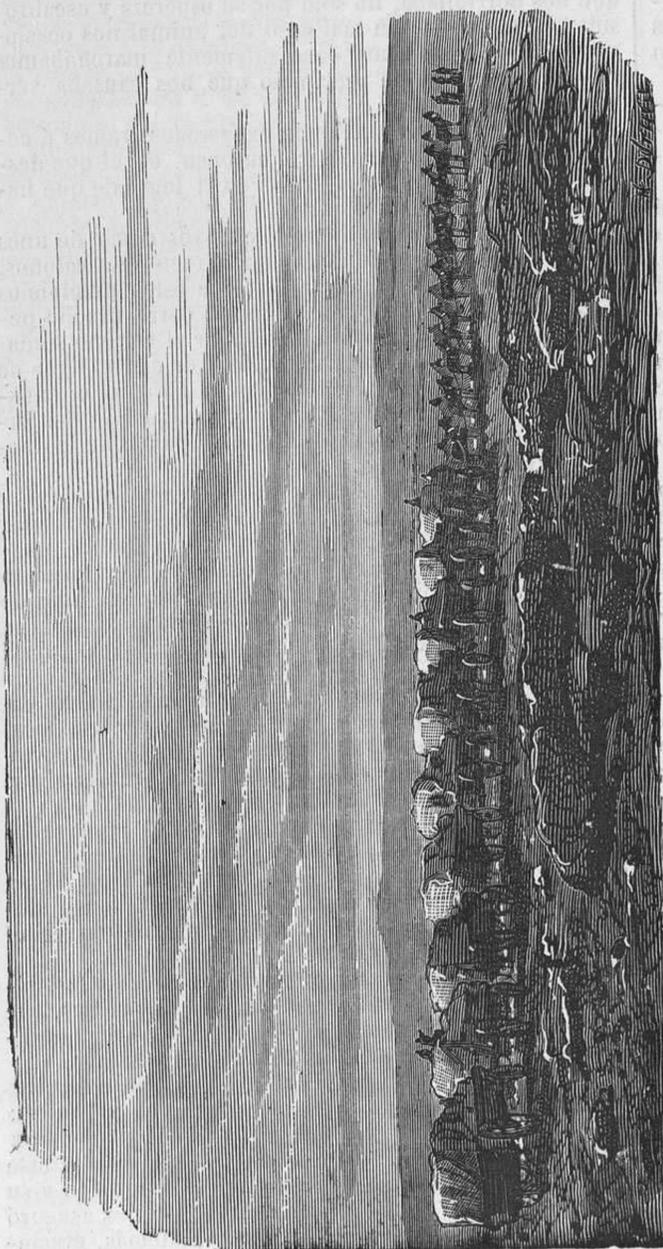
Vimos, aunque no con frecuencia, algunas manadas de ganado lanar, y en ciertas ensenadas reducido número de animales vacunos. Los zorros, que abundan en estas montañas, causan mucho daño en el ganado menor, por cuyo motivo se toman toda suerte de precauciones: los leones son raros.

En un pequeño pantano, formado por vertientes, vimos algunos patos y guáchuas tan poco asustadizas, que sin trabajo se dejaron poner al alcance de nuestras escopetas que hicieron destrozo en estas pobres aves, que sin embargo, no nos aprovecharon, por la dificultad que nos presentó el pantano para cogerlas. Vimos también revolotear sobre nuestras cabezas al Pito, llamado así por su canto, que imita con mucha propiedad á este instrumento; su cuerpo es de un amarillo apagado y su pecho rojo como el de la lloica chilena; se nos aseguró que su carne era deliciosa. Divisamos, además, preciosas gallinetas y quellregües de pequeña estatura.

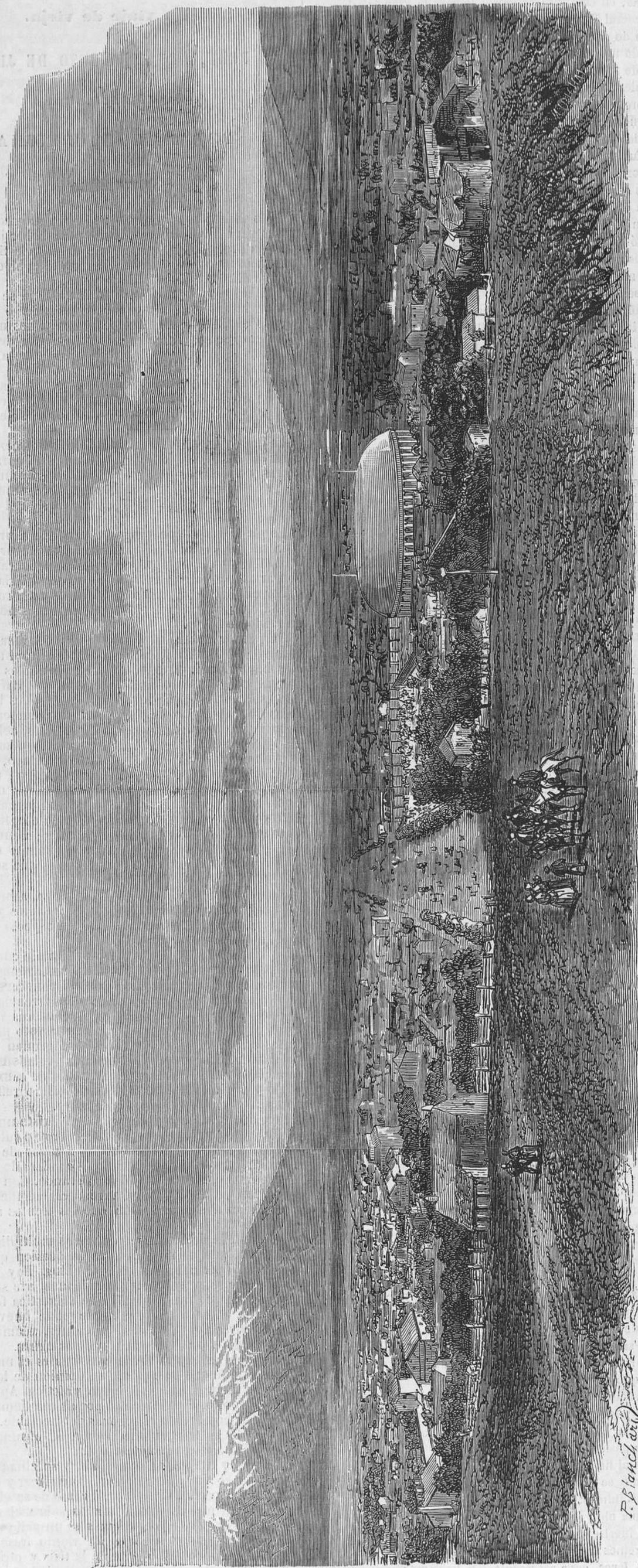
(Se continuará.)



Hoy: El ferro-carril del Pacifico



Ayer: Un convoy de emigrados



EL PAIS DE LOS MORMONES. — La ciudad del Lago Salado, capital del territorio de Utah.

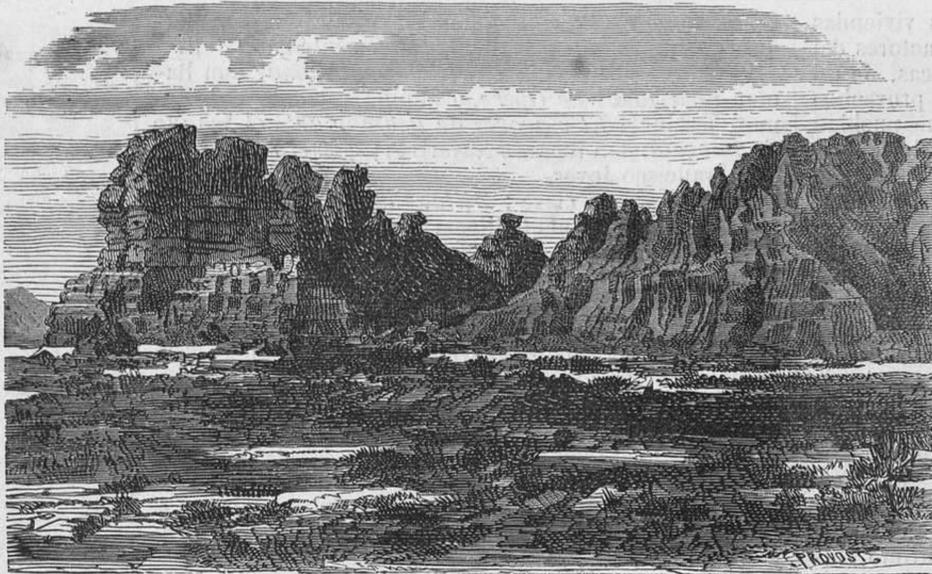
F. Blanchard

El país de los mormones.

Debemos ser justos : aun cuando la historia sea severa respecto de los mormones, es imposible negar que el amor al trabajo no les haya hecho hacer prodigios.

Esos sectarios poseen una convicción muy firme : la mayor parte de ellos se ofrecerian á tomar el cayado del peregrino para ir á predicar su doctrina por todos los ámbitos del mundo. Que su jefe les diga una palabra y se pondrán en marcha. Todo el secreto de su rápida prosperidad reside en su fe. Su fanatismo hábilmente fundado en instituciones políticas les ha estimulado y lanzado adelante.

En menos de una cuarta parte de siglo han logrado conquistar el de-



EL PAIS DE LOS MORMONES. — Rocas graníticas en las inmediaciones del Lago Salado

sierto y trasformar el Utah, creando allí un centro de poblacion, una ciudad animada, espaciosa, casi bella, Salt-Lake-City, que no desmerece en nada de las ciudades florecientes de los demás Estados. Aquí y acullá algunos grandes edificios como el Tabernáculo, el Templo, las Casas Consistoriales, el Teatro, descuellan sobre las casas sobre ambas vias rodeadas de árboles.

No faltan espacios en el nuevo mundo ; y así es que la ciudad no cuenta mas de 30,000 habitantes sobre una superficie de 4,500 hectáreas. Las vias tienen hasta 40 metros de anchura y se cortan á ángulo recto dibujando entre sí cuadros perfectos, regulares, como en la mayor parte de las ciudades americanas.

Por todas partes se nota actividad y movimiento, por todas partes se oye el ruido de los instrumentos y de las máquinas. No hay tabernas, ni casas de juego, ni tumultos, ni



Teatro.



Casas Consistoriales.

a menor señal exterior de desórden : parece verdaderamente una nacion modelo.

¿Se contentan pues, los mormones con las delicias del género? No, seguramente. Son aficionados á las conferencias, las predicaciones, el teatro y el baile.

Brigham, aunque papa, daba fiestas muy brillantes. — Reconciliemos, decia, á la religion con el placer. Y firme en esta idea, era hombre que no se detenía á medio camino.

Antes de elevar un templo construyó un teatro llamado á moralizar al pueblo.

El edificio no carece de elegancia.

Por fuera es un monumento pasable de estilo dórico, con pocos ornatos ; en el interior parece una sala de teatro de provincia

Todas las noches, en los tiempos en que florecia el mormonismo, el feliz Brigham, rodeado de sus santos, de los ancianos y de sus mujeres, ocupaba su sillón con todo el aire de un patriarca.

El excelente padre podia allí aplaudir á sus hijos, pues sin duda con la idea de moralizar el teatro habia hecho cómicos y bailarinas con sus hijos y sus hijas.

Dumas y hasta Sardo: fueron representados en el teatro de los mormones con gran éxito ; pero las piezas preferidas eran las de M. Dion Bousicault.

¡ Cosa singular ! Los pasajes dramáticos que en Europa excitan las fibras populares y producen diluvios de lágrimas ; esas escenas de apasionado amor en las que el galán joven amenaza suicidarse ; esas nobles escenas, orgullo y triunfo de nuestros autores, son recibidas por los mormones con estrepitosas carcajadas.

Promesas de fidelidad eterna y de union indisoluble ¿ qué podeis valer en una nacion constituida bajo el principio de la poligamia ?

Son palabras vacias y no otra cosa.

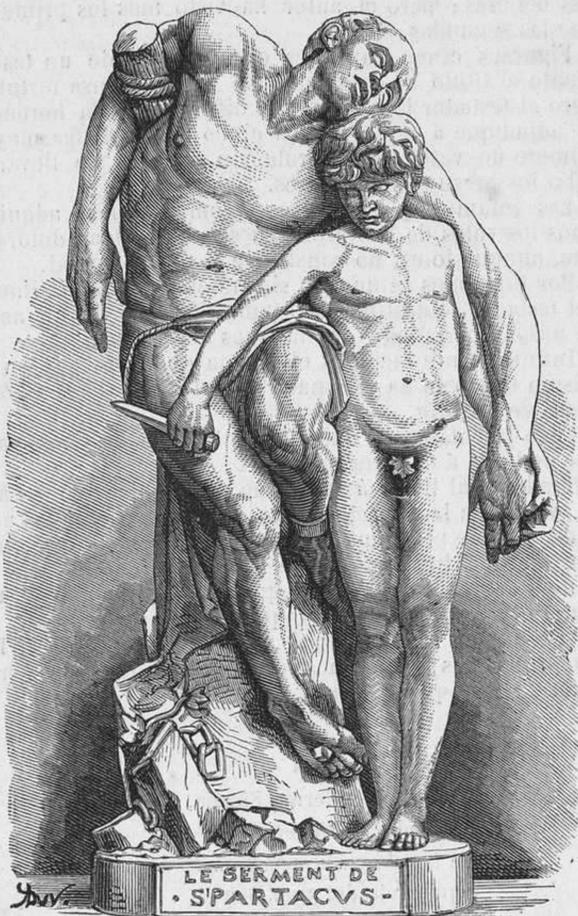
La casa de Ayuntamiento es uno de esos edificios espaciosos que se ven por todas partes en los Estados Unidos. La uniformidad vulgar domina en arquitectura, del Atlántico al Pacifico.

Salvo algunas excepciones, el gran arte monumental no existe en el nuevo mundo, al menos en las construcciones modernas.

Con efecto, el americano actual no es un intérprete, es un combatiente : la naturaleza, objeto de explotación, no le inspira nada.

Y sin embargo, presenta allí los mas admirables cuadros, con sus anchos rios, sus grandiosas cataratas y sus imponentes horizontes.

Cerca de Salt-Lake-City, en las inmediaciones del Lago Salado, rara vez el viajero deja de ir á visitar cu-



Exposicion de los premios y envios de Roma en la Escuela de Beilas Artes.

Espartaco, por M. Barrias.

riosas rocas graníticas, cuyas aristas ofrecen las formas mas fantásticas. Al caer la tarde, cuando el cielo se ennegrece, parecen las ruinas de algun castillo en los últimos límites del desierto.

R. C.

Revista española.

Un refran. — Un mes triste. — Inundaciones de agua. — Inundaciones de elocuencia. — Como se divierte la gente. — Los artistas premiados. — Teatros : *El Testamento de Acuña*; *El Caballero de Gracia*. — *El Clavo* [ardiendo]. — Libros nuevos. — Un poeta desgraciado.

Dice un refran:]

« Dichoso mes,
Que empiezas con Todos Santos
Y acabas con San Andrés. »

El del año 1871 ha desautorizado á este refran antiguo, y casi me atrevo á calificarlo de mes revolucionario, aunque solo sea por haber procurado destruir un refran que constituye parte de nuestra tradicion.

Preseindamos del frio, de las lluvias, de los continuos y trascendentales cambios atmosféricos, para no buscar las consecuencias de su triste influjo mas que en el órden moral.

Bajo este punto de vista, necesito, siquiera sea por un momento, fijar los ojos del lector en el triste cuadro que ha ofrecido la provincia de Almería, en donde lluvias torrenciales, sacando de madre á los rios han arruinado á multitud de familias y á no pocas han hecho vestir luto por padres ó hijos, esposas ó hermanos. Calcularse las pérdidas en 150 millones y en 25 ó 30 el número de víctimas.

Todo esto se dice con mucha facilidad.

Los que oyen tan deplorables noticias, prorumpen en exclamaciones de sentimiento, se horrorizan, se conmueven de la desgracia de los que han quedado arruinados ó huérfanos, y al cabo de cinco minutos ó saborean una taza de café ó escuchan con fruicion caldeándose en el fuego de la chimenea alguna anecdota de la crónica escandalosa, ú oyen alguna melodía que ejecuta en el piano una bellísima joven, colmando de aplausos á la artista.

Y sin embargo, este efecto que produce en todos los que no han sufrido de cerca la inundacion de Almería, lo mismo que el horroroso incendio de Chicago, daría lugar á un libro voluminoso lleno de páginas interesantes, si hubiera algun piadoso escritor que visitando lo

parajes de la catástrofe, penetrando en las viviendas asoladas y conversando con los desdichados actores del drama, escribiera páginas altamente dramáticas, de un interés vivísimo y acaso de una enseñanza provechosa, porque no es la primera vez que los que pueblan las orillas de ciertos ríos se ven en tan apurado trance.

No entraré yo en pormenores, porque los desconozco y no podré adquirirlos á tanta distancia del teatro de los sucesos.

Supla vuestra imaginación lo que mi pluma no puede referiros.

Pensad solo que las aguas han arrastrado en pos de sí más de 150 millones.

Esta ruina es un poema de lágrimas. Pedid al cielo que se apiade de los desdichados que lloran tan terrible infortunio.

En Madrid no hemos tenido, á Dios gracias, inundación, pero los políticos nos han ofrecido espectáculos que la preparan, aunque de otra manera.

Ha habido cambio de ministerio, sesiones borrascosas; se han acusado unos á otros de malversar fondos, de cometer abusos de cierto género. Y por último, los padres de la patria, que deben ser modelos para nosotros ¡pobres mortales han celebrado una sesión que duró diez y ocho horas: desde las dos de la tarde hasta las ocho de la mañana del día siguiente, comiendo de fonda, trasnochando y obligando á los numerosos espectadores á que pasaran una noche en una verdadera orgía de elocuencia. La causa que motivó esta *noche toledana* fué una proposición presentada por un diputado tradicionalista, pidiendo á las Cortes que «reconociesen el derecho que tenían por la Constitución para restablecerse en España las comunidades religiosas.» No sé por qué esta proposición produjo la tormenta. Existe la libertad de asociación; luego fundados en este principio «pueden reunirse los hombres que quieran, escoger la órden religiosa que mejor les parezca, cumplir los preceptos en ella consignados, edificar un convento y vivir en comunidad.»

Pero amigos míos, la tal proposición fué una especie de manzana de la discordia: un nudo gordiano que cortó el presidente del Consejo de ministros con un decreto de Don Amadeo, suspendiendo las Cortes. Esta determinación, encaminada á ofrecer el reposo á los políticos para que en la meditación ó en el sosiego refrenasen su inquietud, ha producido el efecto contrario: han redoblado los ataques al ministerio, ha habido manifestaciones, reuniones para formar la opinión pública, y lo único que aun no hemos visto, han sido motines y asonadas, pero los doctores de la política dicen «que todó se andará.» Dios nos libre de seguir semejante camino.

Tenemos en Madrid á la que fué emperatriz de los franceses. A nuestro lado ha cumplido los cuarenta y cinco años, y apenas representa treinta ó treinta y dos.

La aristocracia madrileña la ha colmado de atenciones, y la soberana destronada ha experimentado dulces consuelos con estas pruebas de cariño.

Don Amadeo y su esposa la han visitado, y se dice que en una reunión que tendrá la condesa de Montijo, madre de la ex-emperatriz, servirá para que la nueva dinastía tenga ocasión de conocer á la aristocracia española, pues hasta ahora, por circunstancias que fácilmente comprenden los lectores, viven las damas de la nobleza en el mayor retraimiento.

En palacio hay recepción todos los viernes, precedida de una comida de Estado.

Dos han tenido lugar hasta ahora, viéndose en los salones regios á los mas distinguidos revolucionarios llenos de cruces, bandas y cintas, lo que prueba que les va gustando el fausto de la corte.

Los salones que otro año se abrían en este tiempo y reunían á lo mas escogido de la sociedad de Madrid, permanecen cerrados.

Solo hay tertulias de confianza. Los amigos íntimos se reúnen para pasar las noches del invierno, pero faltan los grandes saraos, que tanto fomentaban la industria y el comercio, razon por la cual cada día se cierran establecimientos ó aparecen anuncios de liquidaciones forzosas.

Si os fuera á referir todos los episodios de cierto género que se han contado de *sotto-voce* en la repostería del Suizo, en la *Gran Peña* ó en el *Casino*, os distraeríais, pero también os escandalizaríais.

Se ha hablado de una escena ocurrida á las dos de la madrugada en una de las calles de Madrid; dos jóvenes muy conocidos salían de una casa, y sorprendidos por dos ladrones, aunque contaban con elementos para no dejarse robar, consintieron en entregar el bolsillo y el reloj á los cacos, á trueque de que no pudiera saberse en Madrid que á aquellas horas de la noche habían sido sorprendidos en medio de la calle.

Háblase también de una bofetada recibida á altas horas de la noche por un funcionario, que, á juzgar por lo que dicen todos los que le conocen, se acuesta temprano.

Se cuenta, por fin, de una dama sorprendida por su marido en una casa que no hacia honor á su decoro.

Pero todos estos cuentos de la crónica galante son dolorosos, por mas que exciten risa y despierten una malévol curiosidad.

En mi anterior revista daba á los lectores una ligera idea de la Exposición de Bellas Artes.

Cúmpleme en esta, para hacer justicia á los artistas y para que su nombre sea conocido allende los mares, reproducir la lista de los que han obtenido premios:

PINTURA.—Premios de 1ª clase: *Muerte de Lucrecia*, don Eduardo Rosales; *Muerte de Séneca*, don Manuel

Dominguez; *Santa Clara*, don Francisco Domingo Marqués; *El 3 de mayo en 1808*, don Vicente Palmaroli.

Premios de 2ª clase: *Otello y Desdémona*, don Ramon Rodriguez; *Le Opere*, campiña romana, don Ramon Tusquet; *El marqués de Bedmar ante el Senado de Venecia*, don Ricardo Navarrete; *Cisneros en Oran*, don Francisco Jover.

Premios de 3ª clase: *Zitto, silenzio, che passa la ronda*, don José Luis Pellicer; *Borrasca en el mar del Norte*, don Rafael Monleon; Retrato, don Salvador Martin de Cubells; *Vista de Málaga en un día de calma*, don Emilio Ocon.

ESCULTURA Y GRABADO EN HUECO.—Premios de 1ª clase: *San Jorge*, estatua en yeso, don Andrés Aleu; Tres pruebas de grabado en hueco, don Eduardo Fernandez Pescador.

Premios de 2ª clase: *Agar é Ismael*, grupo en yeso, don Victoriano Codina; *Narciso en la fuente*, en yeso, don Elias Martin.

Premios de 3ª clase: *Jóven griego dando gracias á Júpiter*, yeso, don Simon Almeida; *El pueblo libre*, yeso, don Antonio Molló.

ARQUITECTURA.—No se adjudica el premio de 1ª clase. Premio de 2ª clase: *Museo para capital de provincia*, don Genaro Puento y don Félix Navarro.

Premio de 3ª clase: *Proyecto de biblioteca*, don Tomás Augusto Soller.

GRABADO EN DULCE.—Premio de 1ª clase: Un Cristo, don José Maria Roselló.

Premio de 2ª clase: Un cuadro de Ticiano, don Ricardo Franch.

Premio de 3ª clase: Una Dolorosa, don Eugenio Lemus del Olmo.

Además, se ha dispuesto que los expositores de Bellas Artes que merecen recompensa á juicio del jurado y no han sido incluidos en la propuesta por haber obtenido en otras exposiciones premios mayores que los que en la actualidad merecían, sean propuestos para la cruz sencilla de Maria Victoria.

Esta gracia ha sido concedida á los señores don Dionisio Teófilo Puebla, don Pablo Gonzalvo, don Benito Mercadé, don Domingo Valdivieso, don José Marcelo Contreras, don Juan Garcia Martinez, don Alejandro Ferrant, don Marcos Hiraldez Acosta, don Mariano de la Roca, don Manuel Garcia (Hispaletto), don Bernardo Ferrandiz, don Francisco Diaz Carreño, don José Mirabent, don Antonio Perez Rubio y don Francisco Torras.

Pasemos ahora á ocuparnos de las novedades teatrales.

No han sido muchas, pero entre ellas podemos contar algunas obras de verdadero mérito, que han alcanzado legítimos aplausos.

En el Teatro Español se ha representado una comedia, titulada *el Testamento de Acuña*. El público se figura que asiste á una clínica, porque no es posible presentar de una manera mas triste las miserias del corazón. Es verdad que al lado de los defectos hay algunas bellezas; pero el autor ha visto mas los primeros que las segundas.

Figuraos cinco parientes que esperan de un testamento el título de propiedad de una inmensa fortuna. Pero el testador los conoce, y dispone que la herencia se adjudique á aquel de los cinco que obtenga mayor número de votos en una votación que han de llevar á cabo los presuntos herederos.

Las infamias y bajezas que cometen para adquirir unos los votos de los otros, muestra la realidad dolorosa que, aunque lo es, no constituye la regla general.

Por fin, todos se quedan sin herencia, y los millones del testador se destinan al establecimiento de un asilo de niños huérfanos y de ancianos desvalidos.

Infinitamente mejor es el drama de Larra que en el mismo teatro se ha estrenado con el título de *el Caballero de Gracia*.

Cedo la palabra á uno de los mejores críticos para que os lo dé á conocer.

Tradicional llama á su último discurso el señor Larra, y aunque la calificación no es nueva, parécenos atinada, porque el drama se limita á narrar la tradición que mas crédito tuvo entre cuantas circularon en su tiempo acerca del personaje que ha dado nombre á un templo, y á una calle de las principales de la corte.

¿Quién era Jacobo Gratis, y á qué vino á ella? Hé aquí cómo nos lo cuenta Andrés en una de las escenas de la obra de que tratamos:

Hace tres meses
Llegó con Guillermo Sforzia,
Embajador de Venecia;
Ese hombre, que nació en Módena
Y que trajo del gran Duque
Cartas, recomendatorias
Para todo lo que encierra
De illustre la corte toda.

Desde aquel día le vieron
Luciendo galas y joyas
La calle mayor y Prado,
Gradas, Sotillo y Moncloa;
Y rodeado de lindes,
Y siempre con gente mora,
De perseguidor de damas
Alcanzó rápida gloria.

En nada noble se ocupa,
Ni nada serio le abona;
Gasta el oro á manos llenas;
Tiene caballo y carroza,
Y sus mejores amigos,
Que rara vez le abandonan,
Son los que dan que hacer siempre
Á alcaldes, justicia y rondas.

Yerros, cual llamarse suelen
Los que le admiran y elogian,
De padres y de maridos,
Cifra su ventura sola
En correr tras de continuas
Aventuras amorosas;
Y es su mano tan segura,
Y su mano está tan pronta,
Que ni en afrentar se para
Ni satisfacer le importa.

Estas son de este mancebo
La condicion y la historia,
Que todo Madrid conoce
Y sabe la corte toda.

El señor Larra no es aquí tan solo retratista hábil de la fisonomía moral del personaje que tanto dió que decir en el reinado de Felipe II, sino que mas antes establece un paragon feliz entre él y don Juan Tenorio, quien ha llegado á ser en el mundo desde luengas edades el tipo perfecto y acabado de la depravacion amorosa y del libertinaje.

Véase de qué suerte y en qué bellos versos lo ejecuta:

Es el galan caballero
Un hidalgo modenés,
Bizarro, bravo y cortés,
Rico, amante y pendenciero.

Tiene á la amistad abierta
La bolsa y la voluntad
Y viva la caridad
En el umbral de su puerta.

Amparo del desvalido,
Es con el rico orgulloso;
Con el pobre cariñoso
Y noble con el vencido.

No es el galan bravucon
Que cual retrato ilusorio
Guarda de don Juan Tenorio
La popular tradicion;

No es aquel perdona-vidas
Que apunta orgulloso y frio
Los muertos en desafío
Y las mujeres perdidas.

No es el matador villano
Que repugnancia provoca,
Con votos siempre en la boca,
Con sangre siempre en las manos.

Es el hidalgo cortés
Con buena suerte y buen talle,
Que en palacio y en la calle
Va proclamando quién es.

Mas como no es ser perfecto
Ninguno que al mundo viene,
Hay que confesar que tiene
Ese hidalgo un gran defecto...

MENCHACA.

¡Oiga!

MARTIN.

No hay mujer nacida,
Rica ó pobre, hermosa ó fea,
Que de Jacobo no sea
Adorada y perseguida...

Como una mujer le cuadre
Y pierda al verla el sentido,
No repara si hay marido,
Ni retrocede si hay padre.

Los lectores saben ya quién es y cómo es Jacobo Gratis, conocido entre nosotros por el *Caballero de Gracia*.

Digámosles ahora la causa y origen de su arrepentimiento y expiación.

Enamórese en Nápoles, antes de venir á España, de una doncella de peregrina hermosura, llamada Angeli-

na, hija del duque de Castro-Mayor; y no pudiendo triunfar de ella, introdujose cierta noche en su cuarto, donde fué sorprendido por el desventurado padre, á quien dió muerte en presencia misma de la jóven, que perdió entonces la razon, para no recobrarla jamás.

El recuerdo de tan terrible catástrofe persigue siempre á Jacobo, que segun hemos visto ya, no abandona por eso sus malas costumbres ni su condicion liviana.

Pasando cierto dia por delante del palacio de don Juan de Silva, personaje importante de la corte del segundo Felipe, divisa tras de los vidrios á la esposa de aquel, doña Leonor Garces, dama en la cual compiten la hermosura y la virtud; y si la una enciende viva é impetuosa llama en el corazon del libertino, la reputacion de honesta de que disfruta no es parte á disuadirle de su amoroso empeño.

Gana con oro á cierta criada de doña Leonor, y cuando se apresta á introducirse por medio de una llave que Justina le facilita en casa de Silva, llega este impensadamente de vuelta de Nápoles, de donde le habia llamado el monarca, noticioso de cuanto contra su honra se trama.

Acompaña á don Juan un criado viejo de su difunto amigo y Mecenas, el duque de Castro-Mayor, que ha visto al asesino, y que puede servirle de eficaz ayuda en las pesquisas que Silva se propone hacer para descubrirlo y castigarlo.

Cuenta entonces á su consorte la trágica historia de Angelina, y repite la maldicion que la infeliz niña dirigió á su amante al perder la razon.

« Cuando el alma hecha pedazos,

Á otra mujer ames ya,
Mi sombra se interpondrá
Entre tus lascivos brazos. »

Pero de allí á poco aparece Jacobo en casa de don Juan: tráele tambien una carta de recomendacion de algun su amigo de Italia, que no ha podido presentarle antes por haber estado ausente de Madrid. ¿Qué pasa en el alma de Silva, que desde luego teme, desconfía y recela? ¿Es que una misteriosa intuicion le revela el peligro que á su honor amenaza? ¿Es que el semblante de doña Leonor advierte el efecto que le produce la visita del seductor?

Jacobo se marcha; pero no tarda en volver cuando sabe que se halla sola la mujer que ama: entonces se muestra ardiente, apasionado, atrevido, forzando á doña Leonor á dar voces en demanda de socorro.

Acude á su voz el criado Andrés, y á pesar de que el caballero huye con presteza, conócele aquel como el asesino de su difunto dueño.

Pero no se resuelve á descubrir toda la verdad á don Juan, temeroso de que en él se despierten sospechas contrarias á la virtud y recato de doña Leonor: esta misma no quiere exponer la vida preciosa de su marido, y guarda silencio sobre las persecuciones amorosas del libertino.

Y la reserva de la noble esposa, en vez de calmar la inquietud de Silva, levanta un infierno de celos en su alma, desconfiando de la misma que se dispone á defender su honra hasta con un arma.

Porque Jacobo, valiéndose de la llave que le ha proporcionado Justina, vuelve á introducirse en el aposento de Leonor en mitad de la noche, y llega hasta ella.

En vano le muestra su denodada resolucion de darle muerte si prosigue ultrajándola; en vano esgrime contra él la daga que empuña su delicada mano. Jacobo no retrocede ni ante la razon ni ante el peligro, y cuando va á arrojar sobre su presa, Leonor le lanza al rostro la fatídica maldicion de Angelina.

El electo de semejante imprecacion es maravilloso: en un instante el libertino pierde su audacia y su ardimiento: cree ver el fantasma amenazador de lo pasado que se levanta contra el nuevo crimen que medita, y cae desplomado á los piés de Leonor.

¿Quiénes son los espectadores de tan portentosa mudanza? Primero don Juan y Andrés, que acuden en auxilio de la valerosa dama; despues dos embozados que antes velaban ya por el honor de un amigo: el rey Felipe II y uno de sus cortesanos.

En presencia del monarca manifiesta Jacobo la resolucion de renunciar al mundo y expiar sus faltas con una vida de penitencia y mortificaciones. Sus riquezas servirán para fundar un templo y para aliviar la miseria y el infortunio. Asi lo dispone el rey, ordenando que el oratorio se llame del Caballero de Gracia.

Los lectores conocen ya por la anterior reseña y por algunos de los fragmentos de la obra copiados, el fondo y la forma del drama.

En el teatro del Circo se ha estrenado, con muy buen éxito, un drama de don Manuel Valcarcel, con el título de *el Clavo ardiendo*.

Un médico de baños cuyos ahorros están colocados en una sociedad de crédito; una hermosa jóven, hija ó sobrina del citado médico; un poeta enamorado; un marqués cuyo marquesado ha llegado al fondo de ese abismo inmenso que se llama ruina, de donde cuesta tanto trabajo salir á las gentes honradas, y un ministro de Fomento como nos complacemos en creer que no existe ninguno, tales son los personajes que juegan en la obra.

El médico representa uno de esos caracteres humildes y laboriosos que solo viven y luchan en la sociedad para alcanzar un bienestar modesto y tranquilo á su vejez; la jóven representa el amor, el poeta la fe, el marqués un escepticismo susceptible de ser regenerado,

y el ministro la negacion, allí donde pasiones miserables no han labrado un hueco; este es el carácter que, en nuestro concepto no debiera presentarse al público, por mas que exista.

El poeta enamorado y correspondido por la jóven, sueña con un porvenir en cuyo horizonte no se percibe mas que celaje color de rosa; pero que circunstancias especiales le representan lejano, y dan lugar á que venga á interponerse la sombra del ministro de Fomento, que enamorándose tambien de la jóven, concibe culpables y futuros proyectos. Para realizarlos el primer obstáculo que se indica es el poeta, y este obstáculo se allana fácilmente enviándolo á América con una comision del gobierno, como por ejemplo, para ajustar las bases de un tratado literario.

Separados los amantes, aunque unidos por mil protestas y juramentos, queda al ministro un obstáculo mas difícil de vencer, cual es el de la virtud de la jóven: esta es obra mas complicada; comienza por hacer quebrar la sociedad de crédito donde el médico tiene sus ahorros, y luego se vale de la triste posicion en que queda esta desgraciada familia para combinar un plan maquiavélico. Este plan consiste en levantar la fortuna del marqués tras mútuo acuerdo, y convenir en que pida la mano de la jóven, sobreentendiéndose que el papel que se le destina es el de un marido complaciente.

Todo se realiza segun sus previsiones. La muchacha, que en medio de la ruina de su familia no ve mas salvacion que en su casamiento con el marqués, tanto mas cuanto que la prolongada armonía del poeta no le hace confiar mucho en sus juramentos, accede al fin. El marqués, es por consiguiente, el *clavo ardiendo* á que se agarra en su naufragio, así como ella lo es tambien para el marqués, que solo halla remedio á su ruina en su contrato infame.

La trama criminal marcha bien hasta aquí; pero el corazon del marqués sufre una trasformacion enamorándose de su esposa, y no puede tolerar los galanteos del ministro. Un desafio, donde muere el marqués es la consecuencia, y la vuelta del poeta recordando á la jóven viuda sus promesas violadas, dejan entrever en la accion un desenlace feliz para mejores dias.

El marqués de San Eloy, distinguido crítico, juzgando y juzgando muy bien el argumento de esta obra, se expresa en estos términos:

« Las grandes pasiones hacen perdonar hasta los grandes crímenes. Pero cuando nacen en el lodo y en él se nutren, no deben presentarse como estudio social á los ojos de un público fácil de extraviarse, y que puede tomar la excepcion por la regla general. Mas vale cechar un velo sobre ellas y levantar el ánimo de los débiles, de los de poca fe con ejemplos que los estimulen en vez de abatirlos, reconciliando con la humanidad á los que por efecto de desgracias personales ó de un pesimismo engendrado por la educacion, le juzgan peor de lo que es.

Los escépticos, los pervertidos, los que de falta en falta han ido á colocarse en la pendiente de la maldad, por donde han de deslizarse sin oponer grandes esfuerzos, tomar como pretexto para seguir en su malhadado camino esas figuras que por sus mismos vicios sobresalen en la superficie social. El mal propósito se afirma y la debilidad se robustece. El remordimiento que debia ser su única áncora de salvacion, huye de la conciencia, y allí está siempre, para rechazar cualquiera acometida suya, la deslumbrante perspectiva del crimen ó de la maldad triunfante, sin que lleven á su lado, como correctivo las noches de insomnio, los placeres amargados y algunas veces un desastroso fin. »

Algunas otras obras se han representado, pero de escasa importancia.

Pongamos punto al capítulo de los teatros y hablemos algo acerca de los libros que han visto la luz últimamente.

Entre estos figura, con gran éxito *la Pereza*, coleccion de cantares de Augusto Ferran.

« Yo creo firmemente, dice un articulista, que el poeta de corazon traslada al papel sus propios pensamientos, no por ofrecer al público la obra de su artificio, sino la creacion de su fantasía inspirada por los sentimientos, por las ideas que ocupan su mente al momento mismo de escribir.

Por eso el verdadero poeta se revela lo mismo en el teatro que en el libro. Es indudable esto, y la prueba es que si el autor de una obra presenta en ella un contraste de ideas que sintetizan fel bien con el mal, la lucha, la controversia de interlocutores que contienen acerca de distintas apreciaciones, el pensamiento del autor, lo que él entiende por bueno, queda siempre triunfante y venciendo la preocupacion, el error que él atribuye al que como él no opina.

Digo esto para probar que Ferran, como poeta, no puede ser de los que hacen versos por hacerlos: si los hace es porque los siente.

Solo la profunda meditacion, en lugar sagrado, solo el haber ido á templar el frio de la losa del sepulcro de una madre con las propias lágrimas, puede arrancar al poeta este pensamiento seco, frio y lúgubre:

Al ver en tu sepultura
Las siemprevivas tan frescas,
Me acuerdo, madre del alma,
Que estás para siempre muerta.

Penas, dolores acerbos, desengaños crueles pueden hacer exclamar:

Los que lo cuentan por años
Dicen que la vida es corta;
A mí me parece larga
Por que la cuento por horas.

No una vida de placeres y grandezas.
Seguramente una ingratitud de la mujer amada le hace exclamar:

Desde Granada á Sevilla,
Y desde Sevilla al cielo...
Pero no tú, desalmada;
Tú irás antes al infierno.

El deseo de la venganza mas sabrosa la que el tiempo, los sucesos ú otras causas nos proporcionan sin tener una parte en el mal ajeno, se expresa así:

Como un rayo corre, vuela,
Y dile á quien me ofendió,
Que hace un año que le espero
Para vengarme mejor.

La idea de la muerte, como se pasa la vida, la ilusion constante que nos hace esta agradable, por la esperanza de la realizacion de un fausto suceso, un anhelado bien, el desencanto consiguiente al desengaño y la defecion, todo tiene su expresion clara, precisa en el libro de Ferran.

Véase una muestra de imágen bella y filosófica, como una balada alemana del mismo Heine:

Los elementos son cuatro;
Agua y aire, tierra y fuego.
Y en otro mundo sin nombre
Hay otros cuatro elementos.

En él, el agua son lágrimas,
El aire vanos deseos,
El fuego, continuas luchas,
La tierra remordimientos.

La diferencia que existe entre los cantares de la Soledad y los de la Pereza, procede del metro en que aquellos se arriman y asonantan. Otra muy esencial es la de que la idea materialista resalta mas en la segunda parte del libro que en la primera, perdida casi entre el piélagos inmenso de símiles idealistas y poéticos. El vate ha caminado, en los diez años que median entre la publicacion de uno y otro libro, de desilusion, sin duda, en desilusion, y aunque todas las bellezas que tiene la primera edicion, no le faltan á la segunda, resulta esta menos de mi agrado por su esencia, por su espíritu.

Además de este libro, han aparecido y merecen llamar la atencion por su mérito los siguientes: *Cien cantares á los ojos*, de la señorita Gassó y Ortiz; *Casi un poema*, de Gualart, y *Versos*, de Tomás Senderos.

No pudiendo detenerme á daros cuenta de estos poemistas, solo os diré los dos versos que el frente de su libro ha puesto el último poeta:

« Mis versos son mi corazon deshecho
Que por dártelo á tí no está en mi pecho. »

Basta con esta muestra para juzgar la inspiracion del jóven vate.

Se ha creado en Madrid una asociacion de socorros mútuos entre artistas y escritores.

Buena falta hace que los escritores y artistas se socorran. Los dos hermanos Becquer murieron hace poco: Valeriano era un gran pintor; Gustavo un gran poeta. El primero dejó dos hijos; tres el segundo; y estos pobres huérfanos, viven de la caridad de amigos de sus padres.

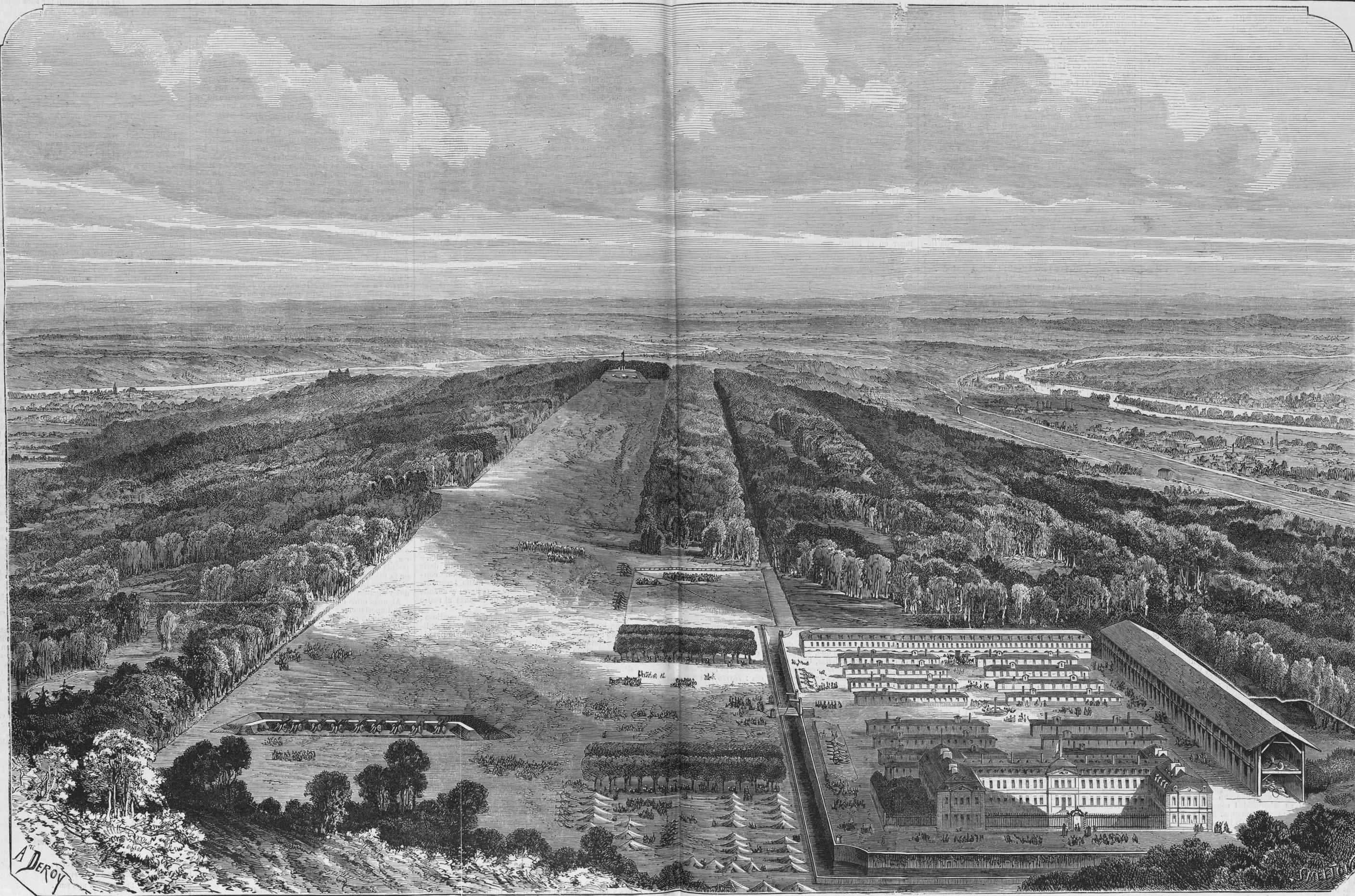
La otra noche cayó exánime delante de la puerta de la casa de los marqueses de V., en la calle del Barquillo, otro poeta, jóven de talento, pero en extremo desdichado.

Los marqueses de V., le socorrieron en un carruaje de su propiedad, le llevaron á su casa, y el vate, agradecido, luchando todavia con su enfermedad, que se llama miseria, ha enviado á sus protectores estos versos, que son una historia y un gemido:

A los marqueses de V.
A vos, noble bienhechor,
A vos, cristiana señora,
Llegue este débil clamor,
El primero que hasta ahora
No me ha arrancado el dolor,

Le hizo brotar la ternura,
Purificándose luego
Mi abrasada calentura,
Como del crisol al fuego
Sale la plata mas pura.

Seis noches há, sin sentido
A vuestra puerta caí:



Oisel.

Baterías.

LOS ESTABLECIMIENTOS MILITARES DE RUAN. — Vista general tomada del Rond-Point del Madrillet (Bosque de Rouvray). Cuarteles.

Escuela de artillería. Grand-Couronne.

Petit-Couronne.

Cobertizos.

Si no hubiérais acudido...
¡Sabe Dios qué hubiera sido
Aquella noche de mi!

Con tierna solicitud
Preguntais por mi salud.
Enfermo estoy, muy enfermo,
Siento febril inquietud,
Y apenas como ni duermo.

Sobre mi futura suerte
A Dios la clave demando;
Y mi espíritu, antes fuerte,
Se rinde y cede, lachando,
Entre la vida y la muerte.

Tal vez os cause pesar
Lo que acabo de escribir,
Destino bien singular
Es haceros hoy llorar,
Quien vivió de hacer reir.

Pero hay un ado cruel
Que el mal junto al bien desliza,
¡Quién dijera al pueblo aquel
Que aplaude y rie con él
Carbonero de Lubiza.

¡Mientras alegres clamores
Os hace exhalar, señores,
La zarzuela que estais viendo,
Uno de sus dos autores
Va lentamente muriendo...

Adios; de mi afecto en pos
Estas líneas os envío,
Quiero que os quede á los dos,
Si vivo, un recuerdo mio;
Si muero, un eterno adios.

El poeta es Salvador María Granés, y por fortuna está
mas aliviado.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de noviembre de 1871.

Resúmen

DE LAS TAREAS Y ACTOS DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN EL
AÑO ACADÉMICO DE 1870 Á 1874, LEIDO EN JUNTA PÚBLICA
POR EL SECRETARIO ACCIDENTAL DE LA MISMA CORPO-
RACION, DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

La real Academia española abre hoy sus puertas al público, convocando á la solemnidad anual preceptuada por breve *Resúmen* de las tareas y actos de esta corporacion en el año académico trascurrido desde los primeros dias de setiembre de 1870 hasta mediados de julio de 1874. Tampoco esta vez puede desempeñar el difícil encargo nuestro secretario perpétuo, el Excmo. señor don Manuel Breton de los Herreros, á quien su quebrantada salud no ha permitido tomar la activa y útil parte que solia en esas mismas tareas, que tan modesta y claramente sabia narrar despues.

A su voz sonora y conocida, tan á propósito para granjear á la Academia las simpatías del público, suple hoy, como en el año antecedente, otra voz que, sobre débil y desautorizada, se encuentra trémula y embargada por el dolor, y necesariamente ha de exhalar ante todo un ¡ay! profundo y lastimero. Forzoso es que lo sepais, señores y señoras, cuantos á este acto solemne acudís á honrarlos. ¡La real Academia española está de duelo! — ¡Tres de sus individuos han sido llamados por decreto de la Providencia á mejor vida, y estos redoblados golpes los ha recibido nuestra corporacion en el breve espacio de ocho meses! Sé muy bien que en rigor no deberia hacer mencion en este *Resúmen*, atendiendo al período que comprende, mas que del fallecimiento de don Pedro Felipe Monlau, que señaló tristemente para la Academia, para las letras y para las ciencias el 18 de febrero de este año, cuando nuestro amado compañero no habia cumplido aun los sesenta y tres de su edad, ni su laboriosidad constante habia dado el menor indicio de descaecimiento. Mas para el dolor sincero no es fácil contenerse en límites reglamentarios; y cuando tan reciente está la pérdida del malogrado don Severo Catalina, que nos sobrecojió el 18 de octubre próximo pasado, todavía no enjutas en nuestros rostros las lágrimas arrancadas por el triste y repentino fin de don Luis Gonzalez Brabo, ocurrido en tierra extranjera el 4º de setiembre último, no es posible dejar de asociar por sujecion á una formalidad extremada los tres nombres queridos en este fúnebre recuerdo.

No impide esto que á su tiempo vuelva á condolerse la Academia de estas desgracias cuando al conmemorar el año académico que va corriendo, haga mencion de

estas dos tumbas abiertas en el nuevo período, como si estuvi- ra escrito que no ha de pasar apenas uno sin derramar llanto y ofrecer sufragios por alguno de sus individuos.

Y no he vacilado, señoras y señores, en detenerme algun tanto en estas tristes quejas, porque en ellas no tiene la menor parte aquel que pudiéramos llamar egoismo del dolor, en virtud del cual supone cada hombre que la pérdida de la persona que le es querida debe afligir, como á él le aflige, al mundo entero. Los nombres de Monlau, Gonzalez Brabo y Catalina no pertenecian solamente á la Academia; glorias eran de que debia envanecerse España toda; y no de aquellas que forjan, se ensalzan y preconizan por espíritu de pandillaje ó de partido. Bien es verdad que al entrar por esas puertas un candidato, ya le han recomendado á nuestra aceptacion la voz pública y su propio merecimiento; ni es la Academia una tertulia, compañía ó sociedad de eslabonados compadrazgos ó de interesadas amistades y compromisos, sino una congregacion ajena á toda preocupacion de escuela, secta ó cofradía, que trasplanta aquí sus miembros de muy diferentes almácigas, y en donde sin temor de que se nos diga como el satirico Inarco á gentes de otra laya, que « hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, » podemos entregarnos al placer de la alabanza, pues que no viene á ser esta sino un eco de la fama pública.

Prueba se me ofrece á la mano de esta verdad al daros cuenta de la eleccion con que la Academia ha llenado el vacío que en nuestros bancos dejaba el señor Monlau. El señor don Emilio Castelar, de fama ya mas que europea, pues que se extiende hasta el postrer confín del mundo civilizado, fué el designado (en 20 de abril) para ocupar la silla vacante. Cuando traspase esos umbrales, y será muy pronto, para venir á recibir la investidura de académico, encontrará ya su puesto entre la pléyade de oradores parlamentarios con que nuestra corporacion se honra y ufana. Tres de sus astros mas brillantes han hecho su ingreso en este mismo año: el señor don Antonio de los Rios y Rosas en 12 de febrero, el señor don Manuel Silvela en 25 de marzo, y el señor Olózaga en 23 de abril. A este último habia precedido en la toma de posesion, que tuvo lugar el 16 de dicho mes, otro académico, orador tambien, aunque sagrado, el presbítero señor don Cayetano Fernandez.

El número de nuestros correspondientes españoles se ha aumentado con dos sujetos distinguidos: el señor don Claudio Anton de Luzuriaga, electo para San Sebastian de Guipúzcoa en 27 de octubre del año anterior, y el señor don Adolfo de Castro, residente en Cádiz, que fué elegido en 12 de enero del año corriente. — De este distinguidísimo amante de las letras volveré á hacer mencion mas adelante al enumerar las preciosidades con cuya donacion ha querido mostrar su reconocimiento á la Academia por una eleccion que en rigor solo debiera agradecer el señor don Adolfo á su propio mérito.

Mucho mas numerosos han sido los correspondientes extranjeros que en el período que voy historiando ha nombrado la Academia. Extranjeros digo, porque, en efecto, su nacionalidad política no es la nuestra; por mas que repugne á nuestro ánimo, y para los objetos de nuestro instituto, el calificar de extranjeros á aquellos casi hermanos que profesan nuestra religion y tienen por lengua patria nuestra lengua. Van ya pasados algunos años desde que nuestro duque de Frias, inspirado vate en esta y en muchas ocasiones, hizo respecto de los países hispano-americanos aquella tan sabida profecía que el trascurso de los siglos no hará mas que confirmar:

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores
Al arrojar el Ancora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes.

El trascurso de los siglos he dicho, señores, y en esta expresion me ratifico. El tiempo, gran demoleedor y trastornador de todas las cosas, parece como que repara, reforma, reedifica y consolida en la América española el alcázar de la lengua castellana; y no se tenga por metáfora violenta; que en mi entender es el idioma patrio propugnáculo de nacionalidad, digan lo que quieran ilusos soñadores falsamente cosmopolitas, y si en el nuestro peleamos juntos los hijos de la Península ibérica y los de las islas y continentes americanos, españoles seremos todos, y como patriotas y hermanos habremos de seguir mirándonos, tratándonos, amándonos, á pesar de esa subdivision político-gubernamental, no mucho mas esencial por cierto que la que por largos años ha distinguido á las provincias castellanas de con las vascongadas y aragonesas.

Digo, pues, que en los países hispano-americanos, la corrupcion de nuestro idioma, nacida de la separacion de la metrópoli y del mayor trato y frecuentacion con comerciantes extranjeros, lejos de ir en aumento, ha venido corrigiéndose á poder del inteligente estudio de gran número de escritores, los cuales, no solo han lucido su fecundo ingenio y el conocimiento de nuestra lengua en obras notables en prosa y verso, sino que han tratado de sus reglas, índole y fundamentos en libros didácticos de gramática y otros especiales de ortografía, prosodia y arte métrica castellana. Así es como la Academia ha podido nombrar en dichos países para correspondientes suyos nada menos que seis en Méjico, cinco

en San Salvador y otro en Costa-Rica. (Por no hacer cansada esta lectura pondré al pié los nombres de estos apreciables literatos y las fechas de su eleccion, verificada con todo el rigor y escrupulosidad de nuestro reglamento.)

Mas no vaya á creerse que la utilidad que puede prestar el celo de estos ilustrados colaboradores en las tareas de la Academia se reduce á la de sus esfuerzos aislados, sino que para aunarlos y hacerlos convergentes se ha imaginado un plan, cuya iniciativa tomó el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, despues de haber conferenciado con algunos de esos estudiosos americanos. En la junta de 3 de noviembre de 1870 formalizó nuestro compañero su proposicion, relativa á la fundacion en la América española de unas Academias íntimamente relacionadas con la nuestra, y dedicadas al propio objeto. Catorce dias despues dió dictámen acerca de este plan, adoptándole y circunstanciándole, una comision nombrada al efecto; y pareciendo á la Academia, como el señor Escosura le propuso, que la ereccion de esta especie de sucursales y el sostener correspondencia con ellas requeria una comision permanente, se confirmó con este carácter la ya nombrada, y á ella se agregó nuestro director (1).

Desde 4º de diciembre quedó hecho este nombramiento. Los resultados que el plan ha tenido, y la organizacion completa de aquellos cuerpos conservadores de nuestra lengua al otro lado del Allántico, ocuparán su lugar en el futuro *Resúmen* del año académico corriente.

Para terminar todo lo relativo al personal de nuestra real Academia, me resta dejar consignado que para los cargos de tesorero y vocal adicto de la comision administrativa han sido reelegidos respectivamente los señores Cueto y Hartzenbusch.

Tambien pertenece al nombramiento de personas la eleccion que en junta extraordinaria de 26 de julio último se hizo, por votacion secreta, de los señores Rios Rosas y Olózaga para ocupar las dos plazas destinadas á individuos de esta Academia en la Junta superior de instruccion pública.

Esta demostracion de aprecio y confianza que el gobierno ha hecho de la nuestra como de otras Academias se ha extendido, respecto de la Española, á la consulta ó peticion de informes en muchos casos relativos á la instruccion pública ó al mérito y valor de obras que se han querido recompensar: estos dictámenes se han dado siempre, no solamente observando la imparcialidad mas estricta, sino teniendo en cuenta la responsabilidad que se contrae induciendo á la administracion del Estado á emplear poco acertadamente los recursos del presupuesto. A aquellos de nuestros libros que el ministerio de Fomento ha adquirido para dotar las bibliotecas populares, se ha añadido otro número de ejemplares gratuitamente con el fin de coadyuvar á tan patriótico objeto.

Tambien ha procurado nuestra corporacion cumplir con uno de los principales fines de su instituto fomentando los estudios útiles con uno de sus certámenes periódicos. En fin del año anterior se cerró el plazo señalado en el programa para la presentacion de obras sobre los asuntos presupuestos, y en junta de 5 de enero del año corriente se dió cuenta de los manuscritos recibidos. Dos de ellos se referian al primer asunto: *Ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos*; y tres al segundo: *Estudio biográfico de uno de los mas célebres escritores españoles de los siglos XVI y XVII*.

La comision que examinó las Memorias sobre apellidos dió ya dictámen en la junta del 19, y con arreglo á él se leyó íntegramente uno de los manuscritos, quedando el otro sobre la mesa para que todos los señores académicos pudieran examinar las razones en que la comision se fundaba para considerarle digno de recompensa sí, pero en segundo grado. Efectivamente, por votacion secreta verificada el 16 de marzo se adjudicó el premio á la Memoria que, señalada con el número 2 en el orden de las recibidas, tenia el siguiente lema: *Por mares nunca de antes navegados*, y el *accessit* se concedió á la del número 4º, cuyo lema era: *Harto era Castilla pequeño rincón*, etc. Abiertos los pliegos sellados, resultó ser autor de la premiada el señor don José Godoy y Alcántara, individuo de número de la Real Academia de la Historia y residente en Madrid. La galardónada con *accessit* era obra del señor don Argel de los Rios y Rios, vecino de Reinosa, provincia de Santander.

Inmediatamente, y en aquella misma junta, se dió principio al examen de las biografías, que no terminó hasta 4º de junio, votándose en la junta del 7 el premio á la que llevaba por título «Don Juan Ruiz de Alarcon,» y el lema de *Virtus unita fortior se ipsa dispersa*, la cual resultó ser obra del señor don Luis Fernandez Guerra, vecino de Madrid.

De las otras dos memorias, una tenia por asunto al mismo Alarcon y la otra á Luis Vives. — Ambas se juzgaron de mérito insuficiente para obtener *accessit*.

De las tareas interiores de la Academia bastará decir que las ordinarias se prosiguen con perseverante actividad. — La comision de Diccionario (2) reúne, coordi-

(1) Componen esta comision los señores Escosura, Ochoa, Hartzenbusch, Puente y Ferrer del Rio.

(2) Compuesta de los señores Breton de los Herreros, presidente por antigüedad; Segovia, presidente accidental; Oliván, Hartzenbusch, Puente y Apezechea, Ferrer, Cañete, Tamayo, Secretario y Cutanda.

na y depura los materiales que se van acumulando para la próxima edición, esforzándose por que llegue á ser, no solo mas copiosa y correcta, y enteramente á la altura de los adelantos de la filosofía y de las ciencias, sino tambien metódica y sujeta en su conjunto á un plan uniforme; empresa harlo mas árdua y difícil de lo que á primera vista parece.

Asíduamente trabaja tambien la comision del *Diccionario* llamado de *Autoridades*, y no tardará el público en disfrutar de los primeros productos de su tarea, los cuales, como ya tuve la honra de manifestar el año anterior, habrán de salir á luz por partes (1).

La comision que entiende en el traslado y publicacion del código de las famosas *Cantigas* (2) del rey Don Alfonso el Sabio, cuyo principal embarazo consistia en el excesivo coste de la edición, no soportable para la escasez de fondos y multiplicadas atenciones de la Academia, podrá proceder con mas actividad cuando se haga efectivo el libramiento de la cantidad de 5,000 pesetas, que por la Direccion de instruccion pública se han asignado para auxiliar esta utilísima empresa, de que tanta gloria ha de redundar á España. La real orden exige que la inversion de esta suma haya de justificarse ocho meses despues de su cobranza: no hay para qué decir que así lo cumplirá la Academia.

Entre los varios trabajos personales de los académicos, cuya enumeracion seria harlo prolija, no deben omitirse los siguientes:

El señor don Aureliano Fernandez Guerra, perseverando en elucidar la cuestion de la famosa *Cancion á las ruinas de Itálica*, y demostrar que es de Rodrigo Caro, leyó á la Academia en setiembre del año anterior nuevos escritos en que esfuerza sus argumentos. El trabajo de nuestro compañero ha parecido merecedor de ser incluido en nuestras Memorias.

El señor don Antonio Ferrer del Rio leyó á la Academia en la junta del 26 de enero una interesante y bien escrita necrología de nuestro compañero don José Joaquín de Mora, que renovó el dolor producido por su pérdida.

Y ya que se ha hecho mencion de nuestro digno bibliotecario, conviene consignar aquí que en el cargo que le está encomendado ha demostrado su celo y conocimientos, aumentando el caudal de nuestra Biblioteca con muy mezuquinos recursos y completando obras descabaladas.

El señor don Manuel Cañete ha contribuido á enriquecer nuestra *Biblioteca de clásicos* con un nuevo tomo que comprende las poesias del bachiller Francisco de la Torre, las de Pablo Céspedes, Baltasar de Alcázar y otros poetas menores del siglo XVI; tomo que abunda en composiciones rarísimas y otras inéditas de autores poco ó nada conocidos.

A nuestro ilustrado, activo y generoso correspondiente en Cádiz don Adolfo de Castro, que tan alta reputacion goza ya en el orbe literario, es deudora la Academia de varios escritos interesantísimos; y como á ellos ha acompañado, segun se indicó arriba, el regalo de algunas curiosidades preciosas, será lo mejor relatarlo aquí todo por el orden cronológico de sus envíos, en justo tributo de agradecimiento, y como ejemplo de actividad ilustrada y de amor interesado á la literatura patria y á su historia.

En la junta de 23 de marzo se presentó ya el primero de estos regalos, que consiste en un precioso y raro ejemplar de cierto folleto escrito por el célebre pintor don Diego Velazquez de Silva, y titulado: *Memoria de las pinturas que la magestad cathólica del rey nuestro señor don Phelipe IV envia al monasterio del Escorial*. No es este opúsculo un mero catálogo, sino que contiene además la descripción y juicio crítico de cada cuadro, escritos con tal naturalidad y limpieza de estilo y tan discreto conocimiento del arte, que dió lugar á varios señores académicos para aducir otras pruebas de que Velazquez era hombre de tantas letras como excelentes dotes para la pintura, aunque por estas únicamente se haya dilatado su fama. Con esta ocasion se acordó añadir su nombre al de las autoridades del buen lenguaje, por tenerla, y grande, especialmente en las bellas artes.

El segundo presente del señor Castro, recibido en abril, consistia en tres objetos: primero, un curioso Memorial que el pintor Alonso Cano dirigió al rey Don Felipe IV acerca de la resistencia del cabildo de Granada á darle posesion de su prebenda. Segundo, un album en que están colocados esmeradamente varios dibujos originales de Castillo, destinados á la edición grande del *Quijote* hecha por la Academia. Muchos de ellos no fueron aprobados. Tercero, unos modelitos de cabezas de don Quijote y Sancho, hechos entonces para uniformar su representacion en las estampas.

En el mismo mes envió el señor Adolfo la Noticia que habia escrito acerca de una sepultura en Puerto-Real, para demostrar que no puede ser de otro que del célebre poeta Gutierrez de Cetina. Por complemento de sus investigaciones remitió posteriormente un calco de sepulcro, comprendiendo su inscripcion.

De allí á pocos dias obsequió á la Academia su liberal correspondiente con un cuadrito al óleo y de marco dorado; pintura de no escaso mérito, y que el remitente calificaba de «cuadro alegórico de la muerte y fama del *Fénix de los ingenios*.» Apoyaba esta conjetura el señor Castro en varias razones explicadas en un papel adjunto. El señor marqués de Molins daba otra interpretacion al asunto de la pintura; pero esta diversidad de juicios no es ahora del caso, ni rebaja en un ápice el desprendimiento de nuestro ilustre gaditano.

Volvió este á favorecer á la Academia con unos curiosos apuntes que tituló *Historia de una quintilla célebre*, á saber: la que fué dictada por nuestro dignísimo director, en su contestacion al nuevo académico don Cayetano Fernandez. Al publicar este de nuevo en nuestras Memorias, se incluirán los apuntes del señor Castro.

Otro «lindo y muy nuevo trabajo,» así calificado en nuestras actas, remitió á poco tiempo, tomando por asunto al autor dramático doctor don Felipe Godínez. Tambien se dará cuenta de él al público en ocasion oportuna.

De papeles antiguos y curiosos es grande el número con que ha enriquecido el señor Castro la Biblioteca de nuestra academia; entre ellos, quince escrituras otorgadas en los siglos XIII y XIV, escritas en pergamino y notables por pertenecer á los tiempos en que comenzaron á redactarse en castellano los documentos públicos, como tambien un «traslado bien e fielmente sacado de una carta dotal escrita en pergamino e firmada de ciertos testigos e un Alcaquí.» Así dice el encabezamiento, añadiendo que está tornada en nuestra lengua castellana; por cuyas señales se ve claramente ser el original en lengua árábica, y una mora la desposada. Este documento, interesantísimo bajo los puntos de vista histórico ó jurídico, tanto como desde el filológico, tiene la fecha del 17 de abril del año 1510 de la era cristiana.

Dos tomos curiosos tambien regaló al mismo tiempo el señor Castro. Contiene el primero las *Instituciones gramáticas* publicadas por Bernabé de Busto en el siglo XVI, y los *Principios de gramática en romance*, por Luis de Pastrana, en 1539. El segundo tomo le forma el *Espejo general de la gramática en diálogos*, escrito por Ambrosio de Salazar y dirigido al rey de Francia Luis XIV. Acerca de ambos tomos nos comunicaba el señor Castro muy curiosas noticias.

Por último, el diligente coleccionista nos ha favorecido asimismo con un cuadrito al óleo que se supone ser retrato, ó mas bien caricatura, del célebre actor Perez, conocido por el apodo de Juan Rana, personaje famosísimo en su tiempo, y del cual nos ha suministrado el donador interesantes noticias biográficas.

La antecedente enumeracion de los obsequios que debe la Academia al señor don Adolfo de Castro, no necesita de mayor encomio. Nuestra corporacion le ha manifestado ya en la manera posible su agradecimiento; y además de dejar consignado en sus actas la justa estimacion que hace de los presentes recibidos, se complace en dar aquí á tan celoso y distinguido cultivador de las letras este público testimonio de cordial aprecio.

Tales han sido, señores, los principales actos y tareas de la real Academia española en el período que tengo encargo de historiar. Privada interinamente de algunos de sus individuos por enfermedades, ausencias y expatriaciones — ¡Terrible desgracia, que sean mal crónico en España las expatriaciones! — sufriendo cada año la pérdida absoluta de uno ó mas de sus miembros que la muerte le arranca, mantiene sin embargo el cumplimiento de sus deberes con un número relativamente escaso de obreros, los cuales, á fuerza de celo y perseverancia, logran sostener de pié, reparar y fortificar la sólida pero combatida fábrica de nuestro idioma patrio.

Si ya no es que el amor propio (pues no carecen de él las corporaciones) nos ilude y envanece, fundado motivo hay para creer que no son estériles los ejemplos y enseñanzas de la Academia. Como síntomas tenemos la creciente aceptacion que alcanzan nuestros libros elementales, nuestra *Gramática* en sus tres grados, nuestro acreditado *Prontuario de ortografía* (A) y nuestro *Diccionario*, aun con sus grandes lunares, en cuya desaparicion trabajan asíduamente nuestras comisiones. Y cuenta, señores, que en época como la presente, de libertad de enseñanza, y de anarquía de sistemas, y de ignorancia atrevida y de prurito de imprimir; en tiempos en que cada maestrico se esfuerza por acreditar su librito, y en que los buenos no escasean, y superabundan los malos, y todos luchan en encarnizada competencia, es síntoma no despreciable de que el público se inclina á las doctrinas de la Academia el copioso despacho de nuestros citados libros.

Como demostracion ó comprobacion de este indicio, puede aducirse el hecho de que la corrupcion del lenguaje, que hace años parecia incurable gangrena, se va atajando en algun modo. Ya no es moda, como lo fué algun dia, hacer alarde impudente de incorreccion, de barbarismo, de neologismo y de galicismo; ya vemos hasta en los periódicos acusarse recíprocamente de falta de lenguaje, y echar en cara al adversario un pecado contra la gramática, en el mismo tono de censura y con

(1) Es un hecho curioso que al pedir el público en las librerías este tratadito, de tan práctica utilidad y tan perfeccionado en su última edición por el señor Hartzenbusch, con ligeras correcciones de la Academia, le designa por el nombre del redactor, cuya modestia no ha podido evitar que sus compañeros hagan notorio el acierto con que ha desempeñado ese trabajo.

igual encarnizamiento que se emplea en fiscalizar los crímenes políticos. Nótese en las Cámaras, en el foro y hasta en el púlpito, que los oradores eminentes cultivan, y no podia ser otra cosa, el estudio de la lengua patria. Hasta la jerga filosófica moderna parece como que va aprendiendo el castellano; y algunos tal vez me escuchan que no tienen dificultad, como tampoco la tuvieron los escritores de nuestros buenos tiempos, en exponer las mas peregrinas teorías y tratar de los sistemas y utopías mas enrevesadas, recónditas y abstrusas en lenguaje puro y con estilo llano, claro, inteligible, sencillo.

No es esto decir que la reforma sea obra exclusiva de la Academia, sino que muy probablemente gran parte debe atribuírsele; y á la verdad que si así fuese, no podria apetecer galardón mas lisonjero de sus improbas tareas que el ver reconocido por el público español el celo laborioso y la utilidad positiva de una corporacion que se honra ante todo con el título de española. — He dicho.

NOTA. Los correspondientes hispano-americanos de que se hace mencion mas arriba, son los siguientes:

MÉJICO.

(En 5 de abril de 1871.)

D. Juan Bautista Ormaechea, obispo de Tulacingo. — Elegido.

(En 27 del mismo.)

D. Sebastian Lerdo de Tejada; D. Manuel Moreno y Jove; D. Casimiro del Collado; D. Agustín Cardoso; D. Fernando Ramirez.

LIMA.

(En 4 de mayo.)

D. Manuel Ignacio de Vivanco; D. Numa Pompilio Llona; D. Manuel Pardo; D. José Vicente Camacho.

(En 6 de julio.)

D. Pedro José Tordoya, obispo de Tiberiópolis *in partibus infidelium*, y dean de Lima.

SANTA FE DE BOGOTÁ.

(En 4º de diciembre de 1870.)

D. Miguel Antonio Caro; D. José de Vergara y Vergara; D. José Manuel Marroquin.

CARACAS.

(En 23 de febrero de 1871.)

D. Juan Antonio Calcaño.

SAN SALVADOR.

(En 5 de abril de 1871.)

D. Francisco Dueñas.

COSTA-RICA.

(En 28 de junio.)

D. Lorenzo Montúfar.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 987.)

Por otra parte, las llamas arrojaban tal resplandor por los cristales de las ventanas y por el patio, que los aposentos y las escaleras estaban casi tan iluminadas como en medio del dia, en tanto que los clamores lejanos de la multitud hacian estremecer las paredes y los techos.

Se oyó por fin que se acercaban á la casa y hubo entonces algunos minutos de espantosa ansiedad.

Pasaron por delante y se pararon un momento, pero despues de lanzar tres gritos terribles, continuaron su camino.

Aunque volvieron á pasar aquella noche diferentes veces causando siempre una nueva alarma, no llevaron á cabo su proyecto porque estaban saciados de saquear, destruir é incendiar.

Cuando pasaron la última vez, uno de los exploradores del buen negociante llegó con la noticia de que se habian parado delante de la casa de lord Mansfield, en Bloomsburg-Square.

No tardó en llegar otro, y pocos momentos despues otro, y hé aquí lo que contaron.

La turba que se habia parado delante de la casa de lord Mansfield habia intimado á los que estaban dentro que abriesen, y no recibiendo respuesta porque lord Mansfield y su esposa huian en aquel momento por una puerta secreta, habian entrado por fuerza segun su cos-

(1) La comision se compone de los señores Escosura, Puent y Apezechea y Cueto.

(2) No será fuera de propósito anotar aquí que advirtiéndole la Academia la vacilacion que habia en la pronunciacion de este vocablo, le ha fijado como llano y no esdrújulo, despues de oidos varios pareceres y autoridades, teniendo por mejor la del mismo egregio poeta, que al usar en sus poemitas la palabra *cantigas* la rimó de manera que no ofrece duda su acentuacion sobre la i.



El candidato á los electores. — Señores electores, no os arrepentireis de haberme elegido. Por hoy no digo mas.



El mismo al mismo. — ¿Con que no sabeis quién es mi rival? ¿No sabeis que es un?... — ¡Gran Dios! ¿Es un?... ¡Ah! Pues en ese caso teneis mi voto.



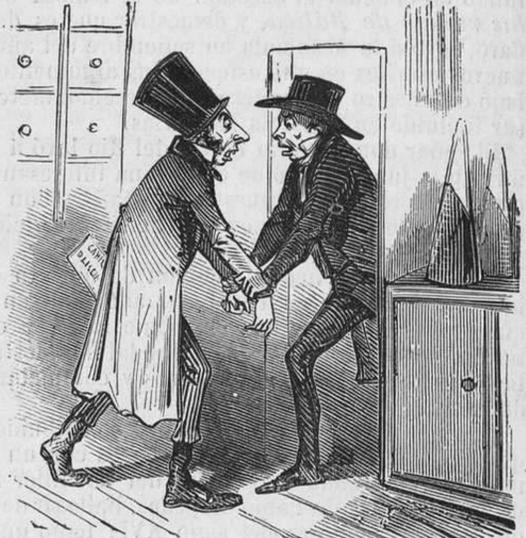
El mismo al mismo. Si no votais por mí, el pais está perdido. Recordad mi profesion de fe. Si no votais por mí todo se lleva el diablo antes de seis [meses. Recordad mi profesion de fe.



Un candidato de visita. — ¡Amable chiquillería!



Un candidato de visita. — Guarda los carneros mientras la pastora va á buscar á su marido.



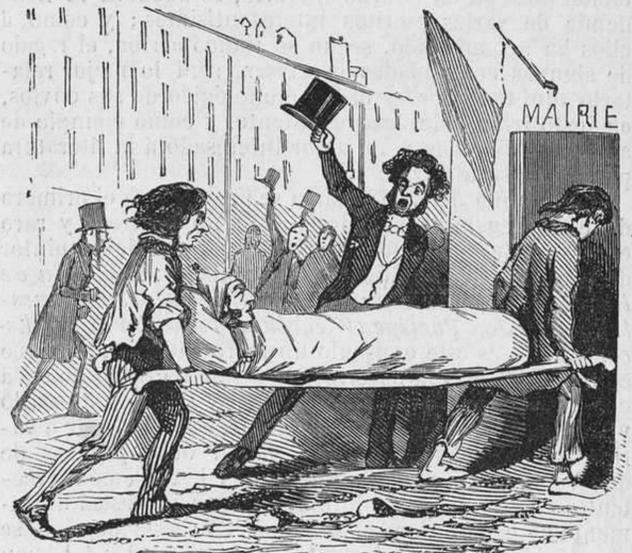
Un voto ganado. — Doctor, dejadme que voy á las elecciones. — ¡Qué imprudencia! Estais amenazado de un ataque de apoplejía fulminante. Pronto á la cama con dos docenas de sanguijuelas.



Otro modo de ganar un voto.



Situacion de un candidato la noche que precede al dia de las elecciones



Reclutamiento de un voto necesario.



El candidato.

El diputado



Despues de las elecciones. — ¿De veras he dicho yo eso en mi profesion de fe? Es imposible.



La correspondencia cotidiana de un diputado.



El diputado en la Cámara. Primera legislatura. — Segunda legislatura. — Tercera legislatura.

tumbre. Entonces principiaron á destruir la casa con gran furia, y prendiéndola fuego por varios puntos, envolvieron en una ruina comun todos los muebles que eran de gran valor, la vajilla de plata, las alhajas, una magnífica galería de cuadros, la mas rara coleccion de manuscritos que habia poseido jamás un simple particular, y lo peor de todo, porque el mal era irreparable, la inmensa biblioteca de derecho que contenia casi en cada página notas de mano del juez y de un valor inapreciable, porque era el resultado de los estudios y la experiencia de toda su vida.

Mientras estaban saltando, bailando y aullando en torno del fuego llegó una compañía de soldados con un magistrado á su cabeza, pero llegó demasiado tarde para impedir el mal que habian hecho.

Sin embargo, lograron dispersar á la multitud.

Se leyó entonces en medio de la calle el *Riot act*, y como el grupo no se retiraba, los soldados recibieron la órden de hacer fuego, apuntaron sus fusiles, y mataron á la primera descarga á seis hombres y una mujer y llenaron la calle de heridos.

La tropa volvió á cargar, pero probablemente disparó al aire porque no se vió caer á nadie. La turba entonces huyó con terror al oír los gritos de los heridos y el estruendo de las descargas, y los soldados avanzaron dejando en el suelo los cadáveres.

Pero aun no habian vuelto la espalda cuando los revoltosos corrieron á llevarse los cadáveres y los heridos para hacer una procesion fúnebre por las calles de la ciudad, y emprendieron la marcha gritando y prorumpiendo en salvajes carcajadas, poniendo las armas en las manos de los cadáveres para darles la apariencia de vivos y precedidos de un pilluelo que agitaba con toda su fuerza la campana del comedor de lord Mansfield.

Los dependientes del negociante anunciaron despues que esta turba se habia reforzado con todos los amotinados que encontraban al paso y que volvían de ejecutar proezas de la misma clase, y que dejando únicamente una escolta para conducir los muertos y los heridos, se habian puesto en marcha para la casa de campo de lord Mansfield en Caen-Wood, entre Hampstead é Highgate, con intencion de encender un fuego que desde aquella altura iluminaria á todo Lóndres. Pero habia frustrado su intento un escuadron de caballería que les hizo volver á la ciudad mas aprisa de lo que quisieran.

Cada partida separada que se habia reorganizado en las calles habia ido por su lado á ejecutar su plan de destruccion segun su capricho, y á un mismo tiempo habian pegado fuego á una docena de casas, entre las cuales se encontraban las de sir Fielding y de otros dos jueces de paz. Habian incendiado en Holborn, que era uno de los barrios mas populosos de Lóndres, cuatro casas mas que ardian á la vez y que no dejaron muy pronto mas que un monton de ceniza, porque el pueblo habia cortado los canales de riego y no habia permitido que se acercaran los bomberos para apagar el incendio.

En una casa cerca de Moorfields encontraron algunos canarios en jaulas, y sacándolos, los arrojaron vivos en las llamas. Los pobres pajarillos, segun cuentan, chillaban como niños cuando los arrojaron al fuego, y hubo un hombre que, compadecido de su suerte, hizo vanos esfuerzos para salvarlos con grande indignacion de la turba que queria hacerle pagar cara su compasion.

En esta misma casa uno de los incendiarios que ha-

bian recorrido los aposentos rompiendo los muebles y prestando auxilio al fuego devorador, encontró una muñeca de niña, y la enseñó desde la ventana diciendo al populacho reunido en la calle que era el ídolo que adoraban los habitantes de la casa. Al mismo tiempo, otro de sus compañeros, que tenia el corazon muy tierno (era precisamente uno de los que habian sacado los canarios de la jaula para arrojarlos al fuego), se sentó sobre la cornisa de la puerta de la casa para dirigir desde allí á la multitud una arenga sacada de un folleto publicado por la Asociacion sobre los verdaderos principios del Cristianismo.

¿Qué hacia en tanto el lord corregidor? Estaba con las manos en el bolsillo contemplándolo todo con la misma tranquilidad que cualquiera otro espectáculo divertido desde un puesto de preferencia.

LXVII.

Quando las tinieblas desaparecieron ante la luz del nuevo dia, la ciudad presentaba un aspecto extraño.

Nadie habia pensado siquiera en acostarse en toda la noche, y la inquietud general estaba tan patente en los rostros de los habitantes, con una expresion tan alterada por la falta de sueño, porque todos los que tenian algo que perder habian estado en pié desde el lúnes, que si un extranjero hubiese penetrado en sus calles sin saber lo que habia sucedido, habria llegado á creer que alguna peste horrible estaba haciendo estragos en la ciudad.

En vez de la animacion que reina comunmente por la mañana todo estaba muerto y silencioso. Las tiendas, los despachos y los almacenes estaban cerrados, y desiertos los puestos de coches de alquiler y de sillas de manos; ni un solo carro despertaba con el ruido de sus pesadas ruedas las perezosas calles; no se oían los gritos de los mercaderes ambulantes, y por todas partes reinaba un sombrío silencio.

Un gran número de personas estaban fuera de sus casas desde antes de amanecer, pero se deslizaban mas bien que andaban, como si les causara miedo el rumor de sus pasos; hubiérase dicho que la via pública estaba ocupada mas bien por fantasmas que por la poblacion, y se veían en torno de las ruinas sombras mudas separadas unas de otras, que no se atrevían á reprender á los perturbadores ni á hacer ver que los criticaban con la expresion de su rostro.

Veíanse desde el amanecer numerosas patrullas y partidas de tropa en casa del lord presidente en Piccadilly, en el palacio Lamberth, en casa del lord canceller en Great-Ormond-Street, en la Bolsa, en el Banco, en Guildhall, en los *Inns* del Tribunal, en las salas de justicia y en cada aposento cuya fachada daba á las calles de las cercanías de Westminster y del Parlamento. Delante de Palace-Yard habia un cuerpo de guardias reales; se habia improvisado en el Park un campamento donde estaban sobre las armas mil quinientos hombres y cinco batallones de milicia; la Torre estaba fortificada, levantados los puentes levadizos, los cañones cargados y apuntados con dos regimientos de artillería ocupados en poner la fortaleza en estado de defensa; una respetable columna de soldados ocupaba el New-River-Head, que el pueblo habia amenazado atacar, y donde se decia tenian proyectado oortar los conductos

para privar del agua á los que quisiesen apagar los incendios; en el mercado de volateria, en Corn-Hill y en otros puntos principales se habian colocado al través de las calles cadenas de hierro, y se habian repartido compañías sueltas durante la noche en algunas antiguas iglesias de la Cité, así como en cierto número de casas particulares, como la de lord Buckingham en Grosvenor-Square, que habian fortificado como para sostener un sitio con cañones que asomaban por las ventanas.

Quando salió el sol, iluminó los aposentos suntuosos llenos de hombres armados; los muebles amontonados en los rincones de prisa y sin precaucion en medio del terror del momento; las armas que brillaban en las habitaciones de la Cité en medio de los escritorios, los taburetes y los libros llenos de polvo; los pequeños cesteros ahumados en los callejones tortuosos y en



El teatro de Aviñon.

Tales fueron los partes que comunicaron los dependientes del negociante, el cual estuvo toda la noche sentado junto al lecho donde descansaba M. Haredale, sin haber podido conciliar el sueño desde las primeras horas de la noche, á excepcion de breves intervalos, á causa de los gritos del populacho, del resplandor de los diversos incendios y del estruendo de las descargas de los soldados.

Si se agregan á estos pormenores la libertad de todos los presos de la cárcel nueva en Clerkenwell y un gran número de robos perpetrados en las calles, porque la turba podia hacer impunemente cuanto se le antojaba, se formará una idea bastante completa de las escenas de que fué teatro aquella noche la ciudad de Lóndres y de las que afortunadamente no tuvo noticia M. Haredale en medio de su letargo.

las travesías con soldados tendidos entre los sepulcros ó sentados á la sombra de los vetustos árboles y sus fusiles en pabellones reflejando la luz del sol, y los centinelas solitarios paseándose á lo largo de las calles de la Cité, silenciosas entonces, pero tan apimadas el día anterior con el ruido y el movimiento de los negocios. En una palabra, en todas partes se veían guardias, cañones, soldados y preparativos amenazadores.

(Se continuará.)

La Francia pintoresca.

AVIÑON.

Muchas veces he atravesado la antigua y pintoresca capital del antiguo condado Venaissin. Es una ciudad austera, bastante triste, pero que á decir verdad, no me desagrada.

Muy al contrario, me complace en recorrer sus calles sombrías, con habitaciones casi orientales, esto es, que vuelven la espalda al transeunte, sin abrir para él ni ventanas ni celosías. Esas casas pardas ó amarillentas no son bonitas; mas no hay una que no parezca ocultar en sus silenciosas profundidades un enigma, un misterio, una bella cautiva, una víctima enclaustrada, un anticuario, un alquimista, ó lo que dice mas aun á la codiciosa imaginación de nuestro tiempo, un tesoro, montones de oro, arcas llenas de perlas y esmeraldas, un Potosí, una California. Al ver con qué cuidado todo Aviñon se fortifica y se secuestra; al ver esas enormes barras de hierro y esas agudas puntas que aparecen en todas las ventanas, se diría que es una ciudad habitada, sin excepción, por nababs ó por recaudadores de contribuciones.

Posteriormente he adquirido, aunque con sentimiento, la convicción de que esas habitaciones tan formidables y tan sombriamente poéticas contienen en igual proporción que las de cualquier otro pueblo, notarios, comerciantes, apacibles rentistas ó excelentes propietarios. Pero á la primera ojeada, el forastero puede forjarse, á nuestro ejemplo un mundo aviñonés novelesco ó fabuloso, y no serán los habitantes los que tratarán de desengañarle, pues son casi invisibles, y parecen en efecto, gentes de aquellos tiempos, ya remotos por fortuna, en que cada ciudadano se construía, mas por necesidad que por gusto, una plaza fuerte, siendo tan imprudente como ilegal el circular por las calles despues de anochecido.

Verdad es que no todo Aviñon tiene esta fisonomía. El barrio comerciante y la gran plaza central ofrecen de todo punto la animación y el colorido de la vida moderna. Poco á poco Aviñon se va desmantelando de sus almenadas murallas flanqueadas de torreones cuadrados de un tono tan espléndido que parecen arrancados de algun lienzo de Alberto Durero. Al mismo tiempo Aviñon se civiliza, lo que es mejor, y en prueba de ello presentamos el brillante teatro construido hace ya años dentro de sus góticos muros á pocos pasos del negro, macizo é imponente palacio de los papas. Radiante de gracia arquitectónica, este monumento resalta mucho mas por el contraste.

Cuando por los años de 1845 se quemó el teatro que entonces existía, el consejo municipal decidió la reconstrucción inmediata, y al punto se pusieron á la obra. Llamaron á un arquitecto de Paris, M. Charpentier, constructor de la Opera Cómica y de los Italianos, y á varios y distinguidos artistas, y del trabajo de todos resultó una obra muy elegante, muy artística y recomendable.

La fachada que reproduce nuestro dibujo, nos ahorra una descripción detallada y técnica. Son de notar principalmente las cuatro columnas dóricas del cuerpo saliente del peristilo; las cuatro jónicas mas pequeñas que sostienen los arcos y se repiten en el piso superior, así como los ornatos del remate.

Sobre la puerta del centro se ve un fronton con dos niños tendidos que sostienen las armas de la ciudad.

Por coronamiento de las puertas laterales hay dos motivos con quimeras en los ángulos, uno el medallón del Petrarca y otro el del rey Renato. Encima del último un niño toca el tamboril y el *galoubet*, instrumentos tradicionales de la Provenza, y en el lado opuesto otro niño tiene en la mano la viola di amore.

En la archivolta hay dos figuras de mujeres, Vaucluse, medio tendida en unos peñascos, donde se leen los nombres de Petrarca y de Laura y Durance, entre las cañas y los laureles.

Por último, el tímpano está profusamente adornado de atributos de arte y de teatro, en medio de los cuales se eleva un busto colosal de Apolo.

Tal es el exterior, y en cuanto al interior, diremos que reúne todas las condiciones de comodidad y de buen gusto que se requieren en una sala de espectáculo. Hay tres hileras de galerías, de las cuales las primeras están sostenidas por columnas con grandes Cariátidas. El escenario está formado por un cuadro de molduras de estuco, realzadas con adornos dorados. Todos los palcos principales tienen saloncitos de descanso. Los corredores son espaciosos. En suma, es un teatro que puede servir de modelo por lo bonito y lo cómodo.

F. M.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 987.)

Y empezó á acariciar á sir Isaac, que recibió sus caricias con la gravedad conveniente. Ya habian llegado al cuarto de Sofa. Waife, despues de haber rogado á la niña, aunque en vano, que tomara algun alimento, le dió un beso y su bendición, despues silbó á sir Isaac el aire *Malbrouk se fué á la guerra...* y el perro, considerando aquella melodía como una invitación para ir á cenar, se relamió y siguió á su amo con un sentimiento de satisfacción que en nada alteró la gravedad de sus maneras.

La niña cuando se quedó sola respiró con pena, apoyando sus manos contra el pecho, y se dejó caer, como exánime por la fatiga, al pié de la cama. La ventana estaba abierta y la claridad de la luna penetraba dulcemente en la habitación, deslizándose sobre aquella parte de la pared y del suelo que la luz de la vela dejaba en la sombra.

Sofía levantó lentamente los ojos á la ventana; aquel fragmento de cielo estaba iluminado por la luna. Hay en nuestra infancia cierta época en la cual lo que se llama la novela del sentimiento empieza á agitarse de una manera vaga, y cuando empieza á insinuarse ese sentimiento, la luna y los astros ejercen sobre nosotros una extraña y misteriosa fascinación. Pocas personas en la edad viril, aunque sean verdaderos poetas, experimentan ese encanto particular que existe en la calma severa y en el esplendor melancólico de los cielos estrellados, encanto que nos domina á casi todos, hasta á aquellos que nada tienen de poetas, en esa edad en que la infancia está rayando con la juventud, y vuelve su inquieto corazón hácia esos maravillosos problemas, fuera de nosotros y en nuestro interior, problemas cuya solución no cesamos de buscar, hasta que la experiencia nos enseña que la solución solo se encuentra mas allá del sepulcro.

Atraída por la luz, la niña se levantó dulcemente, se acercó á la ventana, y apoyando su rostro en sus manecitas, contempló largo tiempo el cielo, conversando evidentemente consigo misma, porque sus labios se agitan y murmuraban sonidos indistintos. Despues se retiró lentamente de la ventana, y volvió á sentarse desconsolada al pié de la cama.

Hé aquí el curso de sus pensamientos, aunque no los formulase precisamente en los mismos términos:

¡No, yo no puedo comprender esto! ¿Por qué estaba yo contenta y era dichosa antes de *conocerle*? ¿Por qué no encontraba malo ni vergonzoso este género de vida, ni aun en aquel teatro, ¡y con la gente de aquel teatro! antes de que él me dijera que hubiera deseado que yo no me rebajara nunca á aquello? ¿Y mi abuelo pretende que las vías que seguimos son tan diferentes y que no pueden encontrarse nunca! Hay, pues, una vía en la cual no puedo yo entrar; hay otra por la cual estoy condenada á marchar siempre, siempre, siempre, ¡sin poder salir de ella jamás! ¡No entrar jamás en esa vía en la cual no hay disfraces, ni subterfugios, ni nombres falsos, jamás, jamás!

Y haciendo un movimiento de impaciencia, añadió con semblante de espanto:

— ¡Esto me mata!

Despues, asustada de su propia emoción, se arrojó en la cama y lloró. Su corazón habia vuelto á su abuelo; su corazón la reconvenía por su ingratitud para con su abuelo.

¿Podía considerar como una vergüenza ó un mal lo que la pedía que hiciera, lo que hacía él mismo? ¿Y debía ella murmurar porque le ayudaba á buscar recursos para vivir? ¿Y qué significación podía tener la opinión de un joven á quien no conocía, sobre lo que aprobaba su único guardian, su único amigo, cuyo cariño era para ella la mas segura de las protecciones? Si uno de los caminos tomaba esta dirección y el otro camino seguía aquella otra: si los que marchaban sobre uno de los dos caminos se alejaban mas y mas de los que marchaban por el otro...

Al presentarse á su mente esta idea experimentó en medio de sus silenciosas lágrimas una amargura semejante á la de la desesperación. Pero las lágrimas concluyen por consolar el dolor que las provoca. Fatigada de conjeturas y de quejas, su espíritu volvió á caer en su estado natural de sumisión infantil. Recitó con un fervor que envolvía una reconvección contra ella misma, su humilde oración de cada noche, que consistía en pedir á Dios que bendijera á su abuelo, y la permitiera ser su consuelo y su sosten en su ancianidad. Despues se desnudó maquinalmente, apagó la luz y se acostó.

La claridad de la luna es mayor cada vez; avanza sobre el suelo, invade las paredes é inunda en breve la almohada de la niña que parece adquirir un carácter de santa y tierna benevolencia, mas santa y mas tierna á medida que sus párpados se cierran bajo la influencia del astro de la noche. Un vago recuerdo de algun cuento de genios benéficos, con el cual Waife habia cautivado en otro tiempo su ingenua admiración, se agita

en su pensamiento medio adormido, enlazándose á la presencia de los rayos de la luna que la rodean.

Sus párpados están cerrados, no se desprende de ellos ni una lágrima. ¡Está durmiendo, ya sueña! ¿Dónde está y qué es ahora para ella el mundo grosero de las realidades? ¿No hay allí genios benéficos? Reid cuanto os plazca de esta pregunta, hombres graves, que de todo juzgais con la fria razón, pero tú, oh tierna madre, que has observado esa extraña expresión de dicha que expresan las facciones de un niño que se duerme llorando, ¿qué piensas de esa dulce tradición que sin duda tuvo su origen en el corazón de la primera madre?

XV.

Mientras tanto el cómico cenaba espléndidamente con sir Isaac. Gentleman Waife era muy sobrio generalmente. Podía hacer su comida con una rebanada de pan sazonada con su alegría; y en cuanto á bebidas excitantes, tenía en su humor una inocencia infantil que no conocen los cerebros empapados de alcohol. Pero en esta ocasión especial el corazón de Waife estaba tan pródigo por el sentimiento de una prosperidad nueva para él, que se creyó obligado á tratarse bien.

Nuestro hombre hizo honor al pollo asado que no habia podido tentar á Sofia. Mandó calentar y echar especia á una media pinta de Oporto, se sirvió haciéndose á sí mismo un saludo como si fuera su propio convidado, y cada vez que cogía el vaso acompañaba este movimiento de una inclinación de cabeza como para decir:

— ¡A vuestra salud, M. Waife!

Hasta ofreció un vaso de la fragante bebida á sir Isaac que muy ofendido, se retiró debajo del sofá, desde donde observó á su amo á través de sus rizadas lanas frunciendo gravemente el ceño en señal de desaprobación, y no sin usar de las precauciones convenientes, primero un bigote, despues una pata, se decidió á salir de su retiro cuando una fuente llena de los restos del festin fué colocada sobre el suelo.

Concluida la cena, habiendo desaparecido todo de la mesa, á excepción del vino caliente, Waife encendió su pipa y contemplando á sir Isaac, habló á aquel filósofo de la raza canina en los términos siguientes:

«— Ilustre miembro de la sociedad cuadrúpeda de Amigos del Hombre: poseyendo para la vida práctica esos talentos que pocos amigos del hombre despliegan en su servicio, os promuevo al rango eminente de comisario general del departamento de las provisiones y canceller del Echiquier. Tengo el honor de informaros de que se ha propuesto á esta cámara un voto de gracias en favor vuestro, que se ha adoptado por unanimidad.»

Sir Isaac lamió por la última vez su fuente y agitó la cola.

— Es cierto, prosiguió Waife, que una vez (¿lo diré?) te has equivocado respecto de la Belleza y del Mérito, y tu memoria te ha abandonado; tu peroración estaba próxima á interrumpirse; pero *nemo mortalium omnibus horis sapit*, como dijo filosóficamente el gramático latino. Los mas sabios mortales, no solo los que andan en dos piés, sino tambien los que caminan en cuatro patas, se equivocan algunas veces. El mejor general, el mas gran diplomático, no son los que no cometen nunca una falta, sino los que mejor saben repararla y salir adelante. ¡En esto consiste tu mérito y distinción! No ha sido nunca el mio. Reconozco la superioridad de tu genio. Tengo en tí una confianza ilimitada, y abandonándote á los brazos de Morfeo, puesto que advierto que mis elogios producen sobre tu sistema nervioso el efecto de un soporífero saludable, propongo que la cámara se reúna en un comité de vías y medios para el examen del presupuesto.

Mientras tanto, sir Isaac se durmió profundamente; el cómico vació lentamente sus bolsillos sobre la mesa, y arreglando el oro y la plata, contó con cuidado tres veces el dinero, despues lo dividió en pequeños montones.

— Esto es para la cuenta, dijo: ¡lista civil! gran cantidad. Esto para mi Sofia, tendrá un maestro y aprenderá el francés. Instrucción pública. Gastos diversos, tabaco... Llamaremos á esto fondos secretos. ¡Ah, miserable vagabundo! ¿Dudarás aun de la bondad del cielo? Con algunas noches como esta, ¿quién sabe si en tu vejez podrás hallar un asilo? ¿Y Sofia? ¿Qué será de ella? ¡Misericordiosa Providencia, conserva mi vida hasta que ya no sirva para nada!

Una lágrima humedeció sus párpados; la enjugó vivamente, y contando otra vez el dinero, se estremeció de alegría.

La puerta se abrió. Waife levantó sorprendido la cabeza echando mano al dinero, que volvió á guardar en su bolsillo.

El corregidor entró.

El corregidor de Gatesborough atravesó lentamente la habitación con la mirada fija en el ojo de Waife; aquella mirada era tan dulce y tan penetrante á la vez, que el cómico palideció. Su alegría desapareció de repente, se turbó mas y mas á medida que el corregidor se acercaba á él; y cuando M. Hartopp le asió una mano sin proferir una palabra, aquella acción no era una señal de política ni de felicitación; cedia, al parecer, á un sentimiento de profunda compasión. El actor experimentó una especie de sacudimiento; le pareció que leía en su alma, á pesar de todos sus fingimientos, de todas sus astucias de farsante: silencioso como el personaje

que le visitaba, volvió á caer en su asiento confuso, desconcertado.

M. HARTOPP.

¡Pobre hombre!

WAIFE, *haciendo un esfuerzo sobre sí, pero aturdido todavía.*

¡Abajo, sir Isaac, abajo! La visita que yo recibo, señor corregidor, es un honor que puede muy bien coger á un perro de improviso. Dignaos perdonarle.

M. HARTOPP, *acariciando á sir Isaac, que olfatea sus vestidos con aspecto investigador, y aproximando una silla al cómico, que retira un poco la suya, aunque en vano, porque M. Hartopp, observando esta maniobra, se aproxima en la misma proporción.*

Vuestro perro es un animal de una admirable inteligencia; pero hay siempre algo de penoso en los ejercicios de un perro sabio. ¿Cuántas privaciones habrán sido necesarias para romper y cambiar sus hábitos naturales? ¿Cuántos ayunos, cuántos tratamientos habrá habido que imponerle para conseguir trasformar sus instintos y enseñarle tantas cosas? El hambre es una ruda maestra, M. Chapman; y á aquellos que han sido educados en su escuela no podemos dispensarles elogios sin cierta mezcla de compasión.

EL CÓMICO, *confuso ante aquel tono alegórico, ó sorprendido al hallar en su interlocutor mas inteligencia que la que habia creído.*

Hablais como un oráculo, señor corregidor; pero á este perro se le ha educado con dulzura y no ha recibido malos tratamientos. El verdadero genio siempre hace carrera. ¡Ah! esta noche hemos tenido un auditorio muy inteligente, y á vos os lo debemos agradecer.

M. HARTOPP.

M. Chapman, seamos francos. Yo no soy un hombre de talento, quizás sea lo contrario, si fuera un hombre de talento, ahora estaria en otro puesto. ¡Bah! nada de cumplimientos. Pero muchas veces he estado en contacto con los que sufren y el hombre menos inteligente adquiere cierta perspicacia en aquellas cosas que llaman continuamente su atención. Respecto á vos he sido engañado. Creí que érais uno de esos raros filántropos que pueden tener sus extravagancias como otros muchos hombres benéficos, con tiempo que perder y dinero en sus bolsillos para gastarlo; pero cuando ví circular el postulante sombrero, (perdonad, no es mi ánimo ofenderos), cuando ví circular el sombrero, reconocí en vos al hombre que necesita de la filantropía de otros y cuyas extravagancias deben ser consideradas bajo el punto de vista del arte. He venido aquí solo, señor mio, porque yo he sido acaso el único que ha podido comprender la realidad del hecho. Podeis tener confianza en mí. Sed franco, ¿quién sois?

EL CÓMICO, *de una manera evasiva.*

¿Por quién me tomáis, señor corregidor? ¿Qué puedo ser yo mas que un farsante nómada que ha recurrido á una inocente estratagema para asegurarse un auditorio y producir una sorpresa que pudiera ocultar lo que podía haberse considerado mas audaz en la petición con el sombrero?

M. HARTOPP, *con gravedad.*

Cuando un hombre de vuestro talento y de vuestra educación tiene que recurrir á tales estratagemas debe haber cometido grandes faltas. ¡Quiera Dios que no hayan sido mas que faltas!

EL CÓMICO, *con amargura.*

Así juzgan los venturosos: cuando un hombre gime bajo el peso del infortunio, ¿por qué no se conduce mejor? dicen. ¿Por qué con tanto talento no procura salir de apuros? ¡Talento y educación; trampas y lazos, señor corregidor, llenos de peligros para el hombre que pone en ellos los pies! ¡Ah! ¿no me habeis dicho que si hubiérais tenido mas talento estaríais en otra posición? Decias muy bien: yo admiro semejante lenguaje. ¡Y bien! Despues de todo, yo y mi perro os hemos divertido y vuestros conciudadanos nos han recompensado con liberalidad. Nosotros somos los servidores del público: se nos aplaude ó se nos silba segun representamos nuestro papel. ¿Pero debe someterse á una información nuestro carácter privado? ¿Existe derecho para preguntarnos cuántos huesos de carnero ha robado este perro? ¿Cuántas camisas lleva su amo en su maleta? ¿Cuál es el estado de sus negocios en el mundo y su cuenta con el cielo? Haced esas preguntas á ministros, á filósofos, á generales, á poetas. Cuando ellos reconocan que teneis derecho á hacérselas, podeis venir entonces á buscarme á mí y á este perro!

M. HARTOPP, *levantándose y poniéndose los guantes.*

Pido que me perdoneis. He concluido, caballero. Y sin embargo, me inspirais interés. Esto es porque yo que no tengo talento admiro á los que lo tienen. Experimentaba tambien una penosa ansiedad por vuestra pobre niña, tan jóven, tan encantadora. ¿Es pues necesario que eduqueis á esa niña en un género de vida equívoco en verdad y siempre peligroso para una mujer?

Waife levantó de pronto sus ojos y miró de frente al corregidor. Habia en su semblante tanta humanidad y benevolencia, tanta dulzura luchando con una expresión de reconvenccion y de autoridad, que el vagabundo sintió que le abandonaba su audacia; se llevó la mano al pecho y exhaló un gemido.

M. HARTOPP, *aprovechándose de la ventaja que ha obtenido.*

¿No temeis por su salud? ¿No veis cuán delicada es? ¿No considerais que por su gran talento es muy susceptible á las emociones, y que es preciso no abusar de ella?

WAIFE.

¡No, no, no prosigais! ¡Me espantais, me despedais el corazón! Por ella represento y mendigo, si vos llamais á esto mendigar. ¿Creéis que yo me inquieto por mí? ¿Pero qué quereis que haga? Me decís que tenga confianza en vos. ¿Pero cómo me ayudareis? ¿Me dareis una ocupacion? Yo para nada sirvo. Vos le podreis dar trabajo á un pobre irlandés sin preguntarle quién es ni lo que es; pero al hombre que se acerca á vos y parece proceder de esa esfera social, en la cual cuando la pobreza entra, se le hace una cortesía y se llama una pobreza decente. «Deteneos, le direis: veamos vuestro pasaporte, vuestras credenciales, vuestras cartas de recomendacion.» Yo no tengo nada de eso. Yo he salido del mundo á que pertenecia en otra época. ¡Ya no puedo hablar á los que antes conocia! ¡Ah, vos decís que tiene cara de enferma! ¡Miserable de mí! ¡Y yo queria salvarla!

El viejo temblaba de pies á cabeza; sus mejillas tenían una palidez mortal.

El buen magistrado volvió á cogerle la mano; pero esta vez fué de una manera amistosa.

— Valor, le dijo. Cuando se quiere una cosa se consigue. Justificais la favorable opinion que habia formado de vos, á pesar de todas las circunstancias que podrian probar lo contrario. Reflexionad bien lo que os voy á decir. Aun no podeis conocerme, es cierto. Pero antes de confiar absolutamente en mí, preguntad á mis conciudadanos la opinion que de mí han formado. Por lo demás, no dejarán de proponeros mañana que deis otra representación; dispensadme si yo no coopero activamente para que se verifique. Na haré nada que pueda perjudicaros; pero...

— Pero, exclamo Waife, que prestaba poca atención á estas palabras, ¿vos creéis que tiene mal semblante? ¿creéis que eso puede perjudicarla? ¿Creéis que estoy matando á mi nieta, al ángel de mi vida!

— No tanto. He hablado demasiado bruscamente, y sin embargo...

— Sí, sí, sin embargo...

— Y sin embargo, si la amais tan tiernamente, ¿quereis hacer que sofoque la voz de la conciencia y el amor á la verdad? ¿No érais vos esta noche un impostor? ¿Quereis exigir de ella respeto, cuando imita un impostor y ruega por él?

— Nunca habia considerado la cuestion bajo este aspecto, murmuró Waife: jamás, jamás.

— Estoy seguro de ello, dijo el corregidor. No veiais en eso mas que una diversion; os parecia un juego de estudiantes. He conocido muchos hombres como vos, imaginaciones ardientes como la vuestra; semejantes caracteres si tuvieran conciencia de sus faltas perderian su loca alegría. Buenas noches, mister Chapman, quisiera volver á tener noticias de vos.

La puerta se cerró en pos del magistrado. Waife inclinó la cabeza sobre el pecho, y las arrugas que surcaban su frente y sus mejillas parecieron hacerse mas pronunciadas, como si las palabras que acababa de oír despertasen los recuerdos de antiguos pesares. De tal modo se trasformó su semblante, que casi estaba desconocido. Por último, se levantó sin ruido, cogió su vela y se introdujo en el cuarto de Soffa. Ocultando cuidadosamente la luz con la mano, contempló á la niña dormida. La sonrisa vagaba aun por sus entreabiertos labios, pero sus facciones denotaban aun el cansancio, y su manecita, que descansaba sobre la colcha, parecia muy adelgazada. Waife asió con su avida aquella mano; estaba ardorosa. La dejó caer con una inexplicable expresión de temor y de desconsuelo, y sacudiendo tristemente la cabeza, se retiró. Sentado despues al lado de la mesa sobre la cual le habian sorprendido contando sus ganancias, se cruzó de brazos y fijó en el suelo los ojos. Así permaneció inmóvil, hasta que la luz del alba empezó á iluminar el cielo, hasta que el sol brilló en las vidrieras. El perro, tendido á sus pies, se estremecía de tiempo en tiempo y hacia oír un gemido como para llamar su atención: era en vano, no le oia. El reló

dió las seis, la casa empezó á animarse, La criada entró en la habitacion; Waife se levantó, cepillando con la manga maquinalmente el sombrero.

— ¿Cuál es el mejor de la ciudad? preguntó con una sonrisa equívoca poniendo la mano sobre el hombro de la criada.

— El mejor qué, ¿caballero?

— El mejor médico.

— El doctor Gill es el que tiene aquí mas fama.

— ¿Gill, decís? Gracias. ¿Dónde vive?

— En la calle Mayor, cerca de aquí.

— Muchas gracias, señora.

Y haciendo su gran saludo, tal es la fuerza de la costumbre, gentleman Waife sonrió con amabilidad y salió. Sir Isaac se estiró y le siguió.

XVI.

En la misma mañana en que Waife salió así de la Cabeza del Sarraceno en busca del doctor, pero en una hora mas avanzada, un hombre que á juzgar por el esmero con que iba vestido y la elegante seguridad de su marcha, debia ser uno de los desocupados paseantes de los alegres confines de Regent-Street, recorria el laberinto de calles tristes y silenciosas que cruzan las calles mas tenebrosas del barrio de Bloomsbury de Lóndres. Se detuvo en la esquina de una callejuela aun mas solitaria que las que la rodeaban, y buscó sobre la casa de aquella esquina el sitio donde debia estar el rótulo de la calle. Pero la pared habia sido blanqueada recientemente, y el rótulo habia desaparecido. Nuestro hombre murmuró un juramento de impaciencia, y volviéndose como para buscar un transeunte á quien poder preguntar, distinguió al otro lado de la calle otro individuo que parecia ocupado en la misma investigación. Involuntariamente, se dirigieron el uno al otro.

— Caballero, ¿teneis la bondad, dijo el segundo viajero extraviado en aquel desierto, de decirme, si sabeis, si esta calle se llama *Poddon place-upper* (alta)?

— Precisamente iba á haceros la misma pregunta, caballero, respondió el primer forastero.

— Es raro.

— En efecto, es muy singular, que mas de una persona se ocupe en buscar una *Poddon place*. No pasa un alma á quien poder preguntar, ni hay una tienda, ni una naranjera.

— ¡Ah! exclamó el otro con voz ronca y sepulcral, ya veo un mozo de una taberna. ¡Eh, mozo, mozo, mozo! Escucha. ¿Es esta *Poddon place-upper*?

— Sí, respondió el muchacho con semblante adormido, contraído sin duda en aquella atmósfera soporífera; y haciendo resonar la vasija de peltre que llevaba contra una reja, empezó á cantar: «A la olla, ó ¡oh!» con tan lúgubre acento, como en la ciudad de la peste se cantaba: «¡Llevaos los muertos!»

Entre tanto los dos viajeros, despues de haber cambiado un saludo se separaron, el viajero elegante, tal vez porque estaba preocupado, acaso por indiferencia habitual hacia las cosas y las personas que le eran extrañas, dejó de ocuparse de su compañero de soledad para entregarse, no sin cierta coquetería, á diversos reparos en el atavío en su persona. Pasó la mano por sus cabellos, se colocó bien el sombrero, echó una mirada á sus botas, barnizadas aquella mañana, sacó los puños de la camisa; en una palabra, obró como un hombre que desea producir efecto y que comprende que debe producirlo. Aquello le absorbía de tal modo que cuando se detuvo por último en una de las puertecillas de aquella callejuela y levantó la mano para coger el aldabon, se sorprendió al ver á su lado al otro forastero.

Los dos hombres se examinaron entonces rápidamente pero con detencion. El primero aun era jóven y hermoso en verdad, pero en sus ojos y en su boca se notaba cierta expresión indescriptible, ante la cual retrocedió el otro instintivamente, una expresión cínica, falsa, dura. Sus vestidos estaban en tan brillante estado que parecia que aquel dia los habia estrenado, su corte era de última moda, sus colores mas vivos de los que se usan en Inglaterra; sin embargo, una persona de buenos modales podia llevarlos sin que se la tachase de vulgar. Si se hubiera puesto en duda que aquel hombre era un gentleman, cualquiera se hubiera visto embarazado para adivinar lo que podria ser. Prescindiendo de aquella expresión que hemos hecho notar y que quizás no era en él habitual, podria decirse que tenia una agradable presencia. Habia en él cierta gracia, cierta elasticidad de movimientos que denotaban á la vez la simetría de sus proporciones y su vigor muscular. Llevaba en la mano un baston ligero é inofensivo en la apariencia, pero cuyo puño era de hierro. El acento de su voz no era desagradable al oido, pero se notaba en él algun artificio, era esa clase de acento que adoptan ciertos individuos que quieren parecer mas francos de lo que son en realidad, cierto énfasis modulado que es á la voz lo que el paso baladron al modo de andar. La expresión de aquel hombre os produciria el efecto que podria producir un animal extraño, que sin estar exento de belleza fuera mortal para el hombre. El otro extranjero, por el contrario, era corpulento y de una edad media, tenia grandes bigotes y el cutis empañado. Llevaba peluca, una peluca evidente, que no podia engañar á nadie, una peluca erizada y vieja, y sobre aquella peluca un mal sombrero blanco. Una corbata negra envolvía su cuello y sobre sus hombros llevaba un plaid escocés.

PRIMER VIAJERO.

¿Llamais aquí también, casa de Mrs. Crane?

SEGUNDO VIAJERO.

¿Mrs. Crane? ¿Vos también? ¡Es singular!

PRIMER VIAJERO, con una política forzada.

Caballero, yo vengo para asuntos, asuntos particulares.

SEGUNDO VIAJERO, con un tono naturalmente grosero.

Yo también.

PRIMER VIAJERO.

¡Oh!

SEGUNDO VIAJERO.

¡Ah! La puerta se abre.

La puerta se abrió, y una vieja y seca criada se presentó.

PRIMER VIAJERO, introduciéndose delante del hombre grueso, con la flexibilidad y la celeridad de una serpiente.

¿Mrs. Crane, vive aquí?

— Sí.

— Supongo que estará en casa.

— Sí.

— Llevadla esta carta; decidla que vengo solo; este caballero no viene conmigo.

El segundo viajero pareció sorprenderse por el modo de proceder de su rival, y dijo, retrocediendo un paso:

— Perfectamente bien.

— ¡Ah! en ese caso, os cedo la delantera; pero os la cedo con una condición: no estareis ahí mucho tiempo.

— Nada más que el indispensable. Dentro de una hora, á lo más, habré concluido.

— Os ruego que sea menos de una hora. Servidor vuestro.

— Yo lo soy vuestro, caballero. Vamos, Hebé, subid de prisa, y pueda yo encontrar de nuevo los sueños de mi juventud en los ojos de Crane.

Entre tanto la vieja daba vueltas á la carta con sus manos descarnadas, examinando ya esta, ya el rostro de su portador, después murmuró en voz baja algunas palabras inarticuladas. Por último, exclamó:

— ¡Sois vos, M. Losely!

¡Vos, vos Jasper Losely! ¡Cómo habeis cambiado! ¿Qué se ha hecho de vuestra belleza? ¿Dónde está aquel semblante que cautivaba el corazón de las mujeres? ¡Vos, Jasper Losely! Pareceis su sombra.

— ¡Callaos, bruja! dijo Losely evidentemente incomodado por aquellas observaciones poco lisonjeras. Yo soy el mismo Jasper Losely, solo que tengo la tez un poco más morena y la mano un poco menos suave.

Y diciendo estas palabras, reemplazó su falsa sonrisa con un gesto amenazador, entró dentro de la casa y cerró la puerta.

(Se continuará.)

Bellas Artes.

LOS ENVIOS DE ROMA.

La exposición anual de las obras ejecutadas por los pensionados de la Academia de Francia en Roma, de que en el último número hablamos brevemente á nuestros lectores, comprendía al mismo tiempo los que han

ducido en el número anterior, una obra notabilísima.

El concurso de escultura que parecía tan inferior cuando se pasaba ante los diez bajo-relieves de los competidores, no ha ganado menos con aquella eliminación y todas las cualidades que recomendaban el Cristo de M. Marquette y sus verdugos, aparecen hoy con mucho más relieve.

Seguramente, nada autoriza aun para anunciar un gran artista; pero si el autor no se revela por una poderosa imaginación, á lo menos ha probado que sabe componer con inteligencia y que conoce bien la práctica de su arte, resultado bastante satisfactorio cuando se piensa en las dificultades que el asunto presentaba. Nos falta espacio para hablar como habríamos deseado del *Palacio de los representantes de la nación*, de M. Ulmann, con detalles tan completos y de un carácter tan severo y majestuoso, porque deseamos llegar cuanto antes á los envíos de los pensionados. Diremos desde luego que, sin duda por causa de los tristes sucesos del año último, los envíos en cuestión son de escaso mérito: en punto á obras originales apenas podemos citar más de una ó dos; lo restante es verdaderamente nulo.Por consideración al talento de M. Blanc no hablaremos de su *Convoy de prisioneros*, que ha tenido la modestia, muy justificada, de llamar un boceto, y nos limitaremos á alabar como se merece su copia de la *Danae* del Correggio de la galería Borghese: todos los artistas saben cuán difícil es reproducir semejante obra maestra, ejecutada como todas las del artista de Parma en plena luz, y debemos reconocer que la copia de M. Blanc es bastante satisfactoria.M. Merson, un joven porvenir, se ha engañado este año: su *San Edmundo*, á fuerza de querer ser original, es una pintura estrambótica.Concluiremos con la pintura citando la *Odalisca* de M. Blanchard, que denota mucha habilidad de mano y una *Driada* de M. Lemate, admirable por el modelado y la transparencia de carnes.La escultura considerada en su conjunto no es notable: todo se reduce á figuras bien estudiadas y á copias bien hechas. M. Allar que obtuvo su premio con mucho trabajo, había inspirado grandes esperanzas, y aunque su envío de este año no las desmiente todavía, lo cierto es que si demuestra estudio y ciencia carece de imaginación y de originalidad. Únicamente el *Espartaco* de M. Barrias, que reproducimos, es una obra animada: el dolor del hombre encadenado, el ademán tan sobrio y tan lleno de indignación contenida del joven Espartaco, la expresión tan profunda del futuro vengador de sus hermanos, todo está perfectamente expresado en esa obra. Nuestros lectores verán en esta misma página la reproducción de un bonito relieve de M. Soldi, grabador en medallas: jamás la curiosidad y el deseo han podido expresarse mejor.No ha estado tan feliz el mismo artista en su medalla de la *Defensa nacional* representada por las ciudades de Estrasburgo y de París; su talento es de un género delicado y gracioso, no debe olvidarlo.

Finalmente, en punto á arquitectura mencionaremos con elogios las obras de restauración de MM. Benard, Dutert y Leclere, de este último en particular, que ha ejecutado en el templo de Minerva en Atenas, interesantes estudios de policromía.



Exposición de los premios y envíos de Roma en la Escuela de Bellas Artes.

Acteon, por M. Soldi.

obtenido premios ó accessits en los concursos para los grandes premios de 1871.

Hemos vuelto á ver estas últimas con un nuevo placer; separadas de las otras parece que hayan adquirido un nuevo valor y podemos consignar todo el éxito de las pinturas de M. Vimont, cuya *Antígona* se recomienda por su sencillez y su gracia filial, y de M. Toudouze cuyo premio es digno de todos los elogios: firmeza de dibujo, energía de pincel, perfecto modelado, inteligencia de la composición, sentimiento de la antigüedad, todo contribuye á hacer de su cuadro, que hemos repro-